Hasta la fecha, la mujer no ha contado para nada en las sociedades humanas. -¿Cual ha sido el resultado?- Que el sacerdote, el legislador, el filósofo la han tratado como una verdadera paria. La mujer (es la mitad de la humanidad) ha sido excluida de la iglesia, de la ley, de la sociedad. Ella no tiene ninguna función en la iglesia, ninguna representación ante la ley, ninguna función en el Estado.

-El sacerdote le ha dicho: Mujer, tú eres la tentación, el pecado, el mal; representas la carne, es decir la corrupción, la podredumbre. Luego el legislador le dijo: Mujer, por ti misma, no vales nada como miembro activo del cuerpo humanitario; no puedes esperar encontrar un lugar en el banquete social. Si quieres vivir, tienes que servir como anexo a tu señor y amo, el hombre. Entonces, muchacha, obedecerás a tu padre, casada obedecerás a tu esposo, viuda y anciana, ya no se te hará caso. Luego, el sabio filósofo le dijo: Mujer, ha sido comprobado por la ciencia que por tu organización, eres inferior al hombre

Una condena tan terrible, repetida a lo largo de seis mil años, no podía más que impresionar a la multitud. Sin embargo, lo que nos puede dar la esperanza de poder apelar de este fallo es que de la misma manera, durante seis mil años, los sabios entre los sabios han emitido un juicio no menos terrible sobre otra raza de la humanidad: los PROLETARIOS. Antes de 1989 ¿qué era un proletario en la sociedad francesa? Un *villano*, un *patán*, que se usaba como bestia de carga. Luego llega la revolución y de repente los sabios entre los sabios proclaman que la *plebe* se llama *pueblo*, que los *villanos* y los *patanes* se llaman *ciudadanos*.

Flora Tristán

Tres textos de Flora Tristán

-Por qué menciono a las mujeres

-Mujeres públicas

-Asilos

9 789563 400823

EDICIONES ESPARTACO

FLORA TRISTÁN

TRES TEXTOS DE UNA FEMINISTA DEL SIGLO XIX

EDICIONES ESPARTACO

Las armas de la crítica no pueden, claro está, reemplazar la fuerza de las armas; la fuerza material debe ser derribada por otra fuerza material. Pero también la teoría se convierte en una fuerza material tan pronto prende en las masas.
Carlos Marx

El marxismo no es un dogma
sino una guía para la acción
F. Engels

EDICIONES ESPARTACO
espartacoediciones@gmail.com

ISBN: 978-956-340-0xx-x
Impreso en LOM ediciones.
julio 2015.

ÍNDICE

Presentación	5
Por qué menciono a las mujeres	7
Mujeres públicas	23
Asilos	41

Introducción

Flora Tristán

Flora Tristán es la más importante feminista socialista de primera generación, siendo su pensamiento equiparable al de Olimpia de Gouges y Mary Woolstonecraft en el ámbito del feminismo liberal. Francesa peruana, nacida el 7 de abril de 1803 de Marino Tristán y Moscoso, coronel peruano de la armada española, y de la francesa Anne Laisney. Durante los primeros años de su vida, Flora creció en un hogar concurrido por visitas del nivel de Simón Bolívar y su maestro Simón Rodríguez. La muerte de su padre cuando Flora sólo tenía 4 años sume a la familia en la pobreza. El Estado francés revolucionario no reconoce a la viuda ni a los hijos, negándoles cualquier pensión o derecho. Por este motivo, Flora comienza a trabajar como obrera en un taller de litografía. A los 17 años, se casa con el propietario de ésta, André Chazal, con quien tiene tres hijos, una de ellos, Aline, será la madre del pintor Paul Gauguin. Decepcionada del matrimonio, decide no utilizar nunca más un corsé (que constriñe el cuerpo de las mujeres como la moral constriñe sus ideas) y va a trabajar como criada de una familia inglesa. Se inicia entonces una lucha legal por el divorcio y la custodia de los hijos, que dura 12 años.

Sus amargas vivencias despiertan en ella un pensamiento y una actitud revolucionaria que la convierte en la precursora de la corriente socialista del movimiento feminista. Viaja por varios países donde realiza trabajos de toda clase, es en este momento cuando toma conciencia de su condición de "paria". En 1833 se embarca con sus

hijos para el Perú con el fin de reclamar la herencia de su padre que le corresponde (solamente consigue de su tío una pensión mensual); en el país andino, asiste a la guerra civil y se percata de la gran diferencia y discriminación existente entre sus distintas clases socio-raciales. Flora entonces se convierte en defensora declarada de los derechos y libertades de las mestizas, de la clase obrera y de la mujer. Las persecuciones de su marido continúan, hasta el punto que en septiembre de 1838 éste le dispara, dejándola mal herida. Finalmente Chazal es condenado y ella consigue liberarse de él.

A raíz de un viaje a Londres, donde Flora consigue penetrar en la cámara de los lores disfrazada de hombre, y donde entra en contacto con los obreros que malviven en una sociedad que les da la espalda, decide dedicar sus esfuerzos a la política obrera: antes de empezar a gestarse las ideas de Marx y Engels, Flora ya afirmaba que los obreros y las obreras deben permanecer unidos por encima de las diferencias nacionales porque los estados son fuerzas burguesas. En 1844 fallece víctima del tifus con solo 41 años, dejando plasmadas sus ideas y sus vivencias en una obra prolífica, donde destacan Peregrinaciones de una paria (1833), Paseos en París, A los obreros y las obreras (1843), Por qué menciono a las mujeres (1843), Los obreros de las fábricas (1840), Mujeres públicas(1840), Las mujeres inglesas (1840). Igualmente se ha publicado Selección de Cartas, una recopilación de cartas del Libertador Simón Bolívar. Fue una ardiente defensora del derecho de las mujeres al divorcio y escribió muchos artículos acerca de este tema. Tres de sus escritos los publicamos en este libro: Por qué menciono a las mujeres; Mujeres públicas y Asilos.

Por qué menciono a las mujeres

Obreros, hermanos míos, ustedes para quienes trabajo con amor porque representan la parte más viva, más numerosa y más útil de la humanidad, y por ello encuentro mi propia satisfacción sirviendo su causa, les ruego encarecidamente leer este capítulo con la mayor atención, ya que es preciso que lo admitan, está en su propio interés material entender bien por qué siempre menciono a las mujeres designándolas como: obreras o *todas*.

Para aquel cuya inteligencia está iluminada por los rayos del amor divino, el amor de la humanidad, resulta fácil comprender la concatenación lógica de las relaciones que existen entre las causas y los efectos. Para él, toda la filosofía, toda la religión se resume a estas dos preguntas -la primera- *¿cómo se puede y se debe amar a Dios y servirlo para el bienestar universal de todos y todas en la humanidad*? -La segunda- *¿cómo se puede y debe amar y tratar a la mujer para el bienestar universal de todos y todas en la humanidad*? Estas dos preguntas así planteadas son, a mi parecer, la base sobre la cual debe descansar, con miras al orden natural, todo lo que ocurre en el mundo moral y el mundo material (uno deriva del otro).

No creo que este sea el lugar para contestar estas dos preguntas. Más tarde, si los obreros me manifiestan el deseo de que lo haga, muy gustosamente trataré con ellos metafísica y filosóficamente las cuestiones del orden más elevado. Pero por el momento basta hacernos estas dos preguntas, tratándose de la declaración formal de un principio absoluto. Sin remontarnos directamente a las causas, limitémonos a examinar los efectos.

Hasta la fecha, la mujer no ha contado para nada en las sociedades humanas. -¿Cual ha sido el resultado?- Que el sacerdote, el legislador, el filósofo la han tratado como una verdadera paria. La mujer (es la mitad de la humanidad) ha sido excluida de la iglesia, de la ley, de la sociedad [1]. Ella no tiene ninguna función en la iglesia, ninguna re-

Flora Tristán, Capítulo III de "La Unión Obrera", 1843.

presentación ante la ley, ninguna función en el Estado. -El sacerdote le ha dicho: Mujer, tú eres la tentación, el pecado, el mal; representas la carne, es decir la corrupción, la podredumbre.

-Llora por tu condición, echa cenizas en tu cabeza, enciérrate en un claustro y ahí, macera tu corazón, que está hecho para el amor, y tus entrañas de mujer, que están hechas para la maternidad, y cuando hayas mutilado así tu corazón y tu cuerpo -ofrécelos sangrientos y resecos a tu Dios para la remisión del pecado original cometido por tu madre Eva. Luego, el legislador le dijo: Mujer, por ti misma, no vales nada como miembro activo del cuerpo humanitario; no puedes esperar encontrar un lugar en el banquete social. Si quieres vivir, tienes que servir como anexo a tu señor y amo, el hombre. Entonces, muchacha, obedecerás a tu padre, casada obedecerás a tu esposo, viuda y anciana, ya no se te hará caso. Luego, el sabio filósofo le dijo: Mujer, ha sido comprobado por la ciencia que por tu organización, eres inferior al hombre [2]. -Ahora bien, no tienes inteligencia, ni entendimiento de los temas más elevados, no eres consecuente no tienes ninguna capacidad para las llamadas ciencias exactas, ninguna aptitud para el trabajo serio -en fin, eres un ser de cuerpo y mente débil, pusilánime, supersticioso; en una palabra, no eras más que una niña caprichosa, voluntaria, frívola; durante 10 o 15 años de tu vida, eres una dulce muñequita, aunque llena de vicios y defectos. -Por eso, Mujer, el hombre debe ser su amo y tener plena autoridad sobre ti [3].

He aquí cómo, desde los seis mil años que el mundo existe, los sabios entre los sabios han juzgado tu *raza mujer*. Una condena tan terrible, repetida a lo largo de seis mil años, no podía más que impresionar a la multitud, ya que la sanción del tiempo tiene mucha autoridad sobre la multitud. Sin embargo, lo que nos puede dar la esperanza de poder apelar de este fallo es que de la misma manera, durante seis mil años, los sabios entre los sabios han emitido un juicio no menos terrible sobre otra raza de la humanidad: los PROLETARIOS. Antes del 89 ¿qué era un proletario en la sociedad francesa? Un *villano*, un *patán*, que se usaba como bestia de carga *pechera* y *sujeta a prestación personal*. -Luego llega la revolución y de repente los sabios entre los sabios proclaman que la *plebe* se llama *pueblo*, que los *villanos* y los *patanes* se llaman *ciudadanos*. Finalmente, en plena Asamblea Nacional proclaman los *Derechos del Hombre* [4].

El proletario, por su parte, pobre obrero visto hasta entonces como un *bruto*, se sorprendió mucho al enterarse de que *el olvido y el desprecio de sus derechos eran la causa de las desdichas del mundo*. Se sorprendió mucho al enterarse de que *iba a gozar de derechos civiles, políticos y sociales* y que por fin iba a ser *igual* a su antiguo señor

y amo. -Se sorprendió más aún cuando le dijeron que su cerebro era exactamente de la *misma calidad* que el del príncipe real hereditario. -¡Qué cambio! Sin embargo, no tardamos en percatarnos que este segundo juicio emitido sobre la raza proletaria era mucho más exacto que el primero, ya que apenas se proclamó que los proletarios eran aptos para todo tipo de funciones civiles, militares y sociales, empezaron a salir de sus filas generales como Carlomagno, Enrique IV o Luis XVI nunca habían logrado reclutar en su orgullosa y brillante nobleza [5]. Luego, como por arte de magia, de las filas del proletariado surgió una multitud de sabios, artistas, poetas, escritores, estadistas, financieros que le dieron a Francia un brillo que nunca había tenido. -Entonces, la gloria militar empezó a cubrirla como con una aureola; la enriquecieron los descubrimientos científicos, la embellecieron las artes, se dio una inmensa expansión de su comercio y en menos de 30 años la riqueza del país se triplicó. -La demostración por los hechos es terminante. -Asimismo, hoy en día todos reconocen que los hombres nacen indistintamente con facultades más o menos iguales, y que lo único que se debería hacer sería procurar el desarrollo de todas las facultades individuales con miras al bienestar general.

Lo que ocurrió con los proletarios es, hay que reconocerlo, de buen augurio para las mujeres cuando haya llegado su 89. -Según un cálculo muy sencillo, es evidente que la riqueza crecerá indefinidamente el día en que se llame a las mujeres (la mitad del género humano) a aportar a la actividad social con la suma de su inteligencia, fuerza y capacidad. -Esto es tan fácil de entender como que 2 es el *doble* de 1. Pero, por desgracia, aún no hemos llegado allí, y mientras llegue este dichoso 89, veamos lo que ocurre en 1843.

Como la iglesia dijo que la mujer era pecado; el legislador, que por si misma no era nada, que no debía gozar de ningún derecho; el sabio filósofo, que por su organización no tenía inteligencia, se ha llegado a la conclusión de que era un pobre ser desheredado por Dios, y los hombres y la sociedad la han tratado en consecuencia.

No conozco nada más potente como la lógica forzada, inevitable, que deriva de un principio planteado o de la hipótesis que lo representa. -Una vez proclamada la inferioridad de la mujer y planteada como principio, vean las desastrosas consecuencias que resultan de ello *para el bienestar universal de todos y todas en la humanidad*.

Creyendo que la mujer, por su organización, carecía de fuerza, inteligencia, capacidad y era inepta para trabajos serios y útiles, se llegó muy lógicamente a la conclusión que era una pérdida de tiempo darle una educación racional, sólida, rigurosa, capaz de convertirla en un miembro útil de la sociedad. Así se la ha educado para ser una

dulce muñequita y una esclava destinada a entretener y servir a su amo. A decir verdad, de vez en cuando, algunos hombres dotados de inteligencia, de sensibilidad, sufriendo por sus madres, sus mujeres, sus hijas, han clamado contra la barbarie y lo absurdo de semejante orden de cosas y protestado enérgicamente contra una condena tan inicua [6]. -En muchas ocasiones, la sociedad se ha conmovido por un momento, pero dejándose llevar por la lógica, respondió: ¡Bueno! Supongamos que las mujeres no son lo que tus sabios han creído; supongamos incluso que tengan una gran fortaleza moral y una gran inteligencia; entonces en este caso ¿de qué serviría desarrollar sus facultades, ya que no lograrían *emplearlas* útilmente en esta sociedad que las rechaza?-¡Qué suplicio más atroz sentir en sí la fuerza y el poder de acción y verse condenado a la inacción!

Este razonamiento era de una verdad irrefragable. Entonces, todo el mundo repetía: ¡Es cierto! Las mujeres sufrirían demasiado si se desarrollaran las bellas facultades de las que Dios las ha dotado, si desde su infancia se las elevara de manera que entendiesen bien su dignidad de ser y tuviesen conciencia de su valor como miembros de la sociedad. Nunca jamás podrían soportar la condición envilecedora que la iglesia, la ley y los prejuicios les han impuesto. Más vale tratarlas como niñas y mantenerlas en la ignorancia acerca de sí mismas; así sufrirán menos.

Estén atentos y verán la tremenda perturbación que resulta únicamente de la aceptación de un *falso principio*.

Como no quiero salirme de mi tema, aunque ahora sería una buena ocasión de hablar en términos generales, entro a mi marco: la clase obrera.

En la vida de los obreros, la mujer lo es todo. Es su única providencia. Así dicen: *Es la mujer que hace o deshace la casa. Y esto es la pura verdad: por eso se convirtió en proverbio. Sin embargo ¿qué educación, qué instrucción, qué dirección, qué desarrollo moral o físico recibe la mujer del pueblo? -Ninguno -De niña, queda a la merced de una madre y una abuela que tampoco han recibido educación. La una será, según su naturaleza, brutal y malvada, y la maltratará sin motivo; la otra será débil, despreocupada, y la dejará hacer su santa voluntad (Aquí como en todo lo que afirmo, hablo en términos generales; admito por supuesto que existen numerosas excepciones). La pobre niña se criará en medio de las más chocantes contradicciones, un día, irritada por los golpes y maltratos injustos, el día siguiente, ablandada, viciada por mimos no menos perniciosos*.

En lugar de mandarla a la escuela [7],se la mantendrá en la casa antes que a sus hermanos, ya que es más útil en el hogar, sea para mecer a los niños, hacer las compras, cuidar la sopa, etc. -A los 12 años, se la

coloca de aprendiz. Ahí sigue siendo explotada por su ama y muchas veces tan maltratada como en la casa de sus padres.

No hay nada que agrie el carácter, que endurezca el corazón, que envilezca el espíritu tanto como el sufrimiento continuo que siente un niño a consecuencia de un trato injusto y brutal. -Primero, la injusticia nos lastima, nos aflige, nos desespera; luego, al prolongarse, nos irrita, nos exaspera, y pensando únicamente en la manera de vengarnos, terminamos siendo también duros, injustos, malvados. -Tal será la condición normal de la pobre muchacha a los 20 años. -Entonces, se casará, sin amor, sólo porque hay que casarse si una quiere sustraerse a la tiranía de sus padres. ¿Qué pasará entonces? Supongo que tendrá hijos; a su vez, será totalmente incapaz de criar bien a sus hijos e hijas; será con ellos tan brutal como su madre y su abuela lo han sido con ella [8].

Mujeres de la clase obrera, les ruego que entiendan que al hablar aquí de su ignorancia e incapacidad de criar a sus hijos, no tengo la menor intención de formular acusación alguna contra ustedes y su naturaleza. No, es a la sociedad a la que acuso de mantenerlas incultas a ustedes, mujeres, ustedes madres, que tanto necesitarían ser instruidas y desarrolladas para que a su vez puedan instruir y desarrollar a los hombres y niños que están bajo sus cuidados.

Las mujeres del pueblo, en general, son brutales, malvadas, a veces duras. -Es cierto, pero ¿de dónde viene este estado de cosas tan poco conforme con la naturaleza dulce, buena, sensible y generosa de la mujer?

¡Pobres obreras! ¡Tienen tantos motivos para irritarse! En primer lugar, el marido. -(Hay que reconocer que existen pocos hogares obreros felices). Teniendo el marido mayor instrucción, siendo *el jefe por ley*, y también por el *dinero* que trae al hogar [9],se cree (y lo es de hecho) muy superior a la mujer, quien no aporta más que el pequeño sueldo de su jornada, y en la casa no es más que la más humilde sirvienta.

Resultado de ello es que el marido trata a su mujer, como mínimo con profundo desprecio. La pobre mujer, que se siente humillada en cada palabra, cada mirada que le dirige su marido, se rebela abierta o sordamente, según su carácter; de ahí surgen escenas violentas, dolorosas que terminan creando entre el *amo* y la *sirvienta*(incluso se puede decir la esclava, ya que la mujer es, por así decirlo, la propiedad del marido) un estado constante de irritación. -Este estado llega a ser tan penoso que el marido, en lugar de quedarse en casa a conversar con su mujer, se apresura a huir, y como no tiene ningún otro lugar adonde ir, se va a la taberna a tomar vino azul con otros maridos tan infelices como él con la esperanza de marearse [10].

Este medio de entretenimiento agrava el mal. -La mujer que espera el pago del domingo para sustentar a toda su familia durante la semana se desespera al ver que su marido gasta la mayor parte en la taberna. Entonces su irritación llega al colmo y aumenta su brutalidad, su maldad. Hay que haber visto de cerca estos hogares obreros (sobre todo los malos) para hacerse una idea de la infelicidad del marido y el sufrimiento de la mujer. De los reproches, de las injurias se pasa a los golpes y luego al llanto, al desaliento y a la desesperanza [11].

Después de las agudas penas causadas por el marido, vienen las preñeces, las enfermedades, la falta de trabajo y la miseria, la miseria que siempre sigue allí plantada en la puerta cual cabeza de Medusa. -A todo ello se suma esa incesante irritación causada por sus cuatro o cinco hijos chillones, turbulentos, aburridos, que dan vueltas alrededor de su madre, en una pequeña habitación de obrero donde no hay espacio para moverse. Habría que ser un ángel que bajó a la tierra para no irritarse, para no llegar a ser brutal y malvada estando en semejante posición. Sin embargo, en un hogar así ¿qué es de los niños? Sólo ven a su padre el sábado y el domingo. Este padre, siempre irritado o ebrio, sólo les habla con cólera y de él no reciben más que injurias y golpes; oyendo las continuas quejas de su madre hacia él, le tienen odio, desprecio. -En cuanto a su madre, la temen, le obedecen, pero no la quieren; ya que el hombre está hecho de tal manera que no puede amar a quienes lo maltratan. ¿Y no es ya una gran desdicha para un niño no poder amar a su madre? Si se siente triste ¿en el pecho de quién irá a llorar? Si por descuido, por impulso, comete algún error grave ¿a quién podrá confiarse? Al no tener ningún incentivo para estar cerca de su madre, el niño buscará todos los pretextos para alejarse de la casa materna. Es fácil hacerse de malas compañías, tanto para las muchachas como para los muchachos. Del callejeo se pasa al vagabundeo, y a menudo del vagabundeo al robo.

Entre las infelices que llenan los prostíbulos y los infelices que se lamentan en el presidio ¿cuántos pueden decir: "Si hubiéramos tenido una madre *capaz de criarnos*, seguramente no estaríamos aquí."?

Repito, la mujer lo es todo en la vida del obrero: como madre, tiene influencia sobre él durante su infancia; de ella y únicamente de ella es que aprende las primeras nociones de esa ciencia tan importante de adquirir, la ciencia de la vida, la que nos enseña a vivir decentemente para nosotros mismos y para los destinos, según el medio en el que el destino nos ha colocado [12].Como amante, tiene influencia sobre él durante su juventud, y ¡qué influencia más potente puede ejercer una bella y amada muchacha! Como esposa, tiene influencia sobre él durante las tres cuartas partes de su vida. -Finalmente, como hija, tiene

influencia sobre él en su vejez. Ahora, la posición del obrero es totalmente distinta a la del ocioso. -Si el hijo del rico tiene una madre incapaz de criarle, se lo mete en un internado o se le da una institutriz. -Si el joven rico no tiene amante, puede ocupar su corazón e imaginación en el estudio de las bellas artes o la ciencia. -Si el hombre rico no tiene esposa, no deja de encontrar distracciones en el mundo. -Si el anciano rico no tiene hija, encuentra a unos viejos amigos o jóvenes sobrinos que gustosamente aceptarán ir a jugar una partida de bostón, mientras que para el obrero, a quien le están vedados estos placeres, el único gozo, el único consuelo es la compañía de las mujeres de su familia, sus compañeras de infortunio. Resulta de esta posición que sería de la más alta importancia para la mejora intelectual, moral y material de la clase obrera que las mujeres del pueblo pudiesen recibir desde su infancia una educación racional, sólida, que les permita desarrollar todas las buenas inclinaciones que hay en ellas, para que puedan llegar a ser obreras hábiles en su oficio, buenas madres de familia capaces de criar y guiar a sus hijos, y ser para ellos, como dice La Prensa, "repetidoras naturales y gratuitas de las lecciones de la escuela", y para que puedan servir también de agentes moralizadores para los hombres sobre quienes tienen acción desde que nacen hasta que mueren.

¿Están empezando a entender ustedes, hombres, que arman un escándalo antes de querer preguntarse por qué yo reclamo *derechos para la mujer*? ¿Por qué quisiera que se la ponga en la sociedad en un *pie de igualdad absoluta* con el hombre y que goce de la misma en virtud del *derecho legal que todo ser lleva naciendo*?

Reclamo derechos para la mujer porque estoy convencida de que *todas las desgracias de este mundo provienen de este olvido y desprecio que se ha hecho hasta ahora de los derechos naturales e imprescriptibles del ser mujer*. -Reclamo derechos para la mujer porque *es la única manera para que se atienda su educación* y porque de la educación de la mujer depende la del hombre en general y en particular *la del hombre del pueblo*. Reclamo derechos para la mujer porque es la única manera de lograr su rehabilitación ante la iglesia, ante la ley y ante la sociedad, y porque es necesaria esa rehabilitación previa para que *los mismos obreros sean rehabilitados*. -Todos los males de la clase obrera se resumen en estas dos palabras: Miseria e ignorancia, ignorancia y miseria. -Ahora bien, para salir de ese dédalo no veo más que una sola manera: *comenzar por instruir a las mujeres, porque las mujeres son encargadas de criar a los niños, machos y hembras*.

Obreros, en el estado actual de las cosas, ustedes saben lo que está pasando en sus hogares. Usted, hombre, el amo que *tiene dere-*

cho sobre la mujer ¿está viviendo con ella con el corazón contento? ¿Está feliz?

No, no. Es fácil ver que pese a su derecho, usted no está ni contento ni feliz.

Entre el amo y la esclava no puede haber más que el cansancio del peso de la cadena que los une el uno a la otra. -Ahí donde se hace sentir la ausencia de libertad, no podría existir la felicidad.

Los hombres se quejan sin cesar del genio áspero, del carácter astuto y sordamente mezquino que manifiesta la mujer en casi todas sus relaciones -¡Oh! yo tendría muy mala opinión de la *raza mujer* si en el estado de abyección en el que la ley y las costumbres la han colocado, las mujeres se sometiesen al yugo que pesa sobre ellas sin proferir ni un murmullo. -Gracias a Dios, no es así. Su protesta, y eso desde el inicio de los tiempos, siempre ha sido incesante. Pero desde la *Declaración de los Derechos del Hombre*, acto solemne que proclamaba el *olvido y el desprecio que los nuevos hombres hacían de ellas*, su protesta ha adquirido carácter de energía y violencia, que comprueba que la exasperación de la esclava ya llegó al colmo [13].

Obreros, ustedes que tienen sentido común y con quienes se puede razonar porque no tienen, como dice Fourier, la mente repleta de un montón de sistemas, ¿pueden suponer un instante que la mujer es *igual al hombre en derechos*? Entonces ¿qué resultaría de ello?

1° Que desde el instante en que ya no habría que temer las consecuencias peligrosas que acarrea necesariamente, en el estado actual de su servidumbre, el desarrollo físico y moral de las facultades de la mujer, se la instruiría con mucho cuidado para *sacar de su inteligencia y trabajo el mejor partido posible*; - 2° Que ustedes, hombres del pueblo, tendrían como madres a hábiles obreras, ganando buenos jornales, instruidas, bien educadas y muy capaces de instruirlos, de educarlos bien a todos ustedes, obreros, como se debe educar a hombres libres; -3° Que tendrían como hermanas, como amantes, como esposas, como amigas a mujeres instruidas, bien educadas, cuyo trato cotidiano sería para ustedes de lo más grato; pues nada es más dulce, más suave para el corazón del hombre que la conversación de las mujeres cuando son instruidas, buenas y hablan con sentido y benevolencia.

Hemos dado una mirada rápida a lo que pasa actualmente en los hogares obreros; veamos ahora lo que pasaría en estos mismos hogares si la mujer tuviera *igualdad* con el hombre.

El marido, sabiendo que su mujer tiene *derechos iguales a los suyos* ya no la trataría con el desdén, el desprecio que se muestra a los inferiores; al contrario, la trataría con ese respeto, esa deferencia que se concede a los iguales. Entonces no más motivo de irritación pa-

ra la mujer y, una vez destruida la causa de la irritación, la mujer ya no se mostrará brutal ni astuta ni áspera ni colérica ni exasperada ni mezquina. -Al no ser ya considerada en la casa como *la sirvienta del marido* sino como la *socia*, la *amiga*, la *compañera* del hombre, naturalmente se interesará por la asociación y hará todo lo posible para que fructifique el hogarcito. -Contando con conocimientos teóricos y prácticos, empleará toda su inteligencia para llevar su casa con orden, economía y entendimiento. -Instruida y conociendo la utilidad de la instrucción, pondrá toda su ambición en educar bien a sus hijos, los instruirá ella misma con amor, vigilará sus tareas escolares, los colocará de aprendiz con buenos patrones; en fin los dirigirá en todo con solicitud, ternura y discernimiento. -¡Cuál será entonces la alegría de corazón, la seguridad de espíritu, la felicidad del alma del hombre, el obrero que posea una mujer así! -Al encontrar en su mujer inteligencia, sentido común, altas miras, podrá hablar con ella de temas serios, comunicarle sus proyectos y, junto con ella, trabajar en los medios para mejorar aún más su posición. -Halagada por su confianza, ella lo ayudará en sus empresas y negocios, sea con sus buenos consejos o con su actividad -El obrero, al ser él mismo instruido y bien educado, se deleitará mucho instruyendo y desarrollando a sus jóvenes hijos. -Los obreros, en general, tienen muy buen corazón, les gustan mucho los niños. ¡Con qué valor se la pasará ese hombre trabajando toda la semana sabiendo que debe pasar el domingo en compañía de su mujer, que amará, de sus dos hijitas traviesas, cariñosas, juguetonas, de sus dos hijos ya instruidos y que pueden hablar con su padre de temas serios! ¡Con qué ardor trabajará ese padre para ganar algunos céntimos más que su sueldo regular, para poder regalar un bonito gorro a sus hijitas, y a sus hijos un libro, un grabado o cualquier otra cosa que les agrade! ¡Con cuántos arrebatos de alegría se recibirían estos regalos! Y ¡qué felicidad para la madre ver ese amor recíproco entre el padre y los hijos! Queda claro que, cumpliéndose este supuesto, la vida matrimonial, la vida familial sería para el obrero de lo más deseable. -Estando bien en su casa, feliz y satisfecho en compañía de su buena madre, su joven mujer y sus hijos, no se le ocurriría dejar su casa para ir a divertirse en la taberna, lugar de perdición donde el obrero pierde su tiempo, su dinero, su salud y entorpece su inteligencia. -Con la mitad de lo que un borracho gasta en la taberna, una familia entera de obreros que vive unida podría, en verano, ir a almorzar al campo. La gente que sabe vivir sobriamente necesita tan poco. -Ahí los niños, respirando aire puro, estarán felices de correr con el padre y la madre, que se harán niños para entretenerlos; y en la noche, la familia, con el corazón contento, los miembros algo descansados del trabajo de la

semana, regresará a su hogar muy satisfecha de su día. - En invierno, la familia irá al concierto. -Estas diversiones tienen una doble ventaja, instruyen a los niños entreteniéndolos. Durante un día en el campo, una noche en el teatro, cuántos temas de estudio puede encontrar una madre inteligente para instruir a sus hijos.

En las condiciones que acabo de esbozar, el hogar, en lugar de ser causa de ruina, sería al contrario causa de bienestar. ¿Quién no sabe cuánto el amor y la alegría del corazón triplica, cuadriplica las fuerzas del hombre? Lo hemos visto a través de algunos escasos ejemplos. Ha ocurrido que un obrero que adora a su familia y se propone educar a sus hijos haga, para lograr esta noble meta, el trabajo que tres hombres no casados no habrían podido hacer. Luego viene el tema de las privaciones. Los solteros gastan ampliamente, no se privan de nada. Qué importa, dicen, si después de todo, podemos tomar y vivir alegremente, ya que no tenemos a nadie que alimentar. Mientras que el hombre casado que ama a su familia encuentra satisfacción privándose y vive con una frugalidad ejemplar.

Obreros, este pequeño cuadro apenas esbozado de la posición de la que gozaría la clase proletaria si se le reconociera a la mujer la *igualdad con el hombre* debe darles materia para reflexionar sobre *el mal que existe y el bien que podría ser*. -Tiene que llevarles a tomar una gran determinación.

Obreros, ustedes no tienen el poder de abrogar las antiguas leyes y hacer otras nuevas -no, de eso no hay duda -pero tienen el poder de protestar contra la inequidad y lo absurdo de las leyes que estorban el progreso de la humanidad y les hacen sufrir a ustedes en particular. -Entonces pueden, incluso es un deber sagrado, protestar enérgicamente con pensamientos, con palabras y con escritos contra todas las leyes que les oprimen. -Ahora bien, procuren entender bien lo siguiente: -*La ley que esclaviza a las mujeres y las priva de instrucción les oprime a ustedes, hombres proletarios*.

Para educarlo, instruirlo y enseñarle la ciencia del mundo, el hijo del rico tiene *ayas, maestras sabias*, *directoras hábiles* y, finalmente, *bellas marquesas*, mujeres elegantes, inteligentes, cuyas funciones en la alta sociedad consisten en educar a los niños bien que salen del colegio. -Es una función muy útil para esos señores de la alta nobleza. -Esas damas les enseñan a tener cortesía, tacto, finura, soltura mental, buenos modales; en una palabra, hacen de ellos *hombres que saben vivir*, *hombres como Dios manda*. -Por poco que un muchacho tenga capacidad, si tiene la dicha de estar bajo la protección de una de esas amables mujeres, *tiene la fortuna asegurada*. -A los treinta y cinco años, seguro será embajador o ministro. -Mientras ustedes, pobres

obreros, para educarlos, instruirlos, tan sólo cuentan con su madre; para hacer de ustedes hombres que sepan vivir, sólo cuentan con las mujeres de su clase, sus compañeras de ignorancia y miseria [14].

Por lo tanto, no es en nombre de la *superioridad de la mujer* (de lo que seguro me van a acusar) que les digo que reclamen derechos para la mujer: no realmente. -En primer lugar, antes de discutir *sobre su superioridad*, es preciso que *se reconozca su individuo social*. -Me apoyo en una base más sólida. - Es en nombre del *interés de ustedes*, *hombres*; es en nombre del *mejoramiento de ustedes*, hombres; finalmente, es en nombre del *bienestar universal de todos y todas* que les invito a reclamar derechos para la mujer, y mientras tanto, *reconocérselos*, cuando menos *en principio*.

Pues bien, a ustedes, obreros, que son las *víctimas de la desigualdad de hecho*, a ustedes corresponde establecer por fin en la tierra el reino de la justicia y la *igualdad absoluta* entre la mujer y el hombre.

Den un gran ejemplo al mundo, ejemplo que demostrará a sus opresores que ustedes quieren triunfar por el *derecho*, y no por la fuerza brutal; ustedes, sin embargo, 7, 10, 15 millones de proletarios que podrían emplear esa fuerza brutal.

Mientras reclaman la justicia para ustedes, demuestren que ustedes son justos, equitativos; proclamen ustedes, hombres fuertes, hombres de *brazos desnudos*, que reconocen a la mujer como a *su igual*, y que por esta razón, le reconocen un *derecho igual* a los beneficios de la UNIÓN UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y OBRERAS.

Obreros, quizás dentro de tres o cuatro años, ustedes tengan su primer palacio propio, listo para recibir 600 ancianos y 600 niños. -Pues bien, proclamen a través de sus estatutos, que se convertirán en SU CARTA, proclamen los *derechos de la mujer* a la igualdad. Que quede escrito en SU CARTA que se admitirá en los palacios de la UNION OBRERA para que reciban educación intelectual y profesional un número igual de MUCHACHAS y MUCHACHOS.

Obreros, en 1791, sus padres proclamaron la inmortal Declaración de los Derechos del Hombre, y es gracias a esta declaración solemne que ustedes son hoy *hombres libres e iguales* en derecho *ante la ley*. -Honor a sus padres por esta gran obra. -Pero, proletarios, les queda a ustedes, hombres de 1843, una obra no menos importante que realizar. -A su vez, *emancipen a las últimas esclavas* que aún quedan en la sociedad francesa; proclamen los DERECHOS DE LA MUJER, y en los mismos términos en los que sus padres proclamaron los suyos, digan:

"Nosotros, proletarios franceses, después de cincuenta y tres años de experiencia, reconocemos estar debidamente informados y con-

vencidos de que *el olvido y el desprecio que se ha hecho de los derechos naturales de la mujer son las únicas causas de las desgracias del mundo, y hemos resuelto exponer en una declaración solemne inscrita en nuestra carta sus derechos sagrados e inalienables. Queremos que las mujeres sean informadas de nuestra carta para que ya no se dejen oprimir y envilecer por la tiranía del hombre, y que los hombres respeten en las mujeres, sus madres, la libertad y la igualdad de la que ellos mismos gozan*".

1º Debiendo ser la finalidad de la sociedad la felicidad común del hombre y la mujer, LA UNIÓN OBRERA garantiza al hombre y a la mujer el goce de sus derechos de obreros y obreras.

2º Dichos derechos son: la igualdad de admisión en los PALACIOS DE LA UNIÓN OBRERA, sea como niños, heridos o ancianos.

3º Para nosotros, siendo la mujer la igual del hombre, queda claro que las muchachas recibirán, aunque de forma distinta, una instrucción tan racional, tan sólida, tan extensa en ciencia moral y profesional que los muchachos.

4º En cuanto a los heridos y ancianos, el trato en todo será el mismo para las mujeres y los hombres.

Obreros, pueden estar seguros de que si tiene la suficiente equidad y justicia como para inscribir en su Carta las pocas líneas que acabo de bosquejar, esta declaración de los derechos de la mujer pasará a ser costumbre; de costumbre se convertirá en ley y antes que pasen veinticinco años, encabezará el libro de leyes que regirá la sociedad francesa la siguiente inscripción -IGUALDAD ABSOLUTA del hombre y la mujer.

Entonces, hermanos, y sólo entonces quedará constituida la UNIDAD HUMANA.

Hijos del 89, he aquí la obra que les han legado sus padres.

1. Aristóteles, menos tierno que Platón, hacía sin resolverla esta pregunta: ¿Tienen un alma las mujeres? Pregunta que el Concilio de Macon se dignó en zanjar a su favor con una mayoría de tres votos (La Phalange, 21 de agosto de 1842). Así, con tres votos menos se reconocía que la mujer pertenecía al reino de las bestias brutas, y por lo tanto el hombre, el amo, el señor ¡se habría visto obligado a convivir con la bestia bruta! ¡Este pensamiento es estremecedor y paraliza de horror ! Además, como son las cosas, debe ser profundamente doloroso para los sabios entre los sabios pensar que descienden de la raza mujer. -Porque si están realmente convencidos que la mujer es tan estúpida como lo pretenden, qué vergüenza para ellos el haber sido concebidos en los costados de semejante criatura, chupado su leche y dependido de ella durante una gran parte de su vida. Pero es muy probable que si estos sabios hubiesen podido excluir a la mujer de la naturaleza, como la excluyeron de la iglesia, de la ley y de la sociedad, se habrían ahorrado la vergüenza de descender de una mujer. Pero, por fortuna, por encima de la sabiduría de los sabios está la ley de Dios.

Todos los profetas, con la excepción de Jesús, han tratado a la mujer con una inequidad, un desprecio y una dureza inexplicables. Moisés hace decir a su Dios: "16. A la mujer dijo:

Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces, con dolor darás a luz los hijos y tu deseo será para tu marido y él se enseñoreará de ti." (Genesis, Cap. III). El autor del Eclesiastés había llevado el orgullo del sexo hasta decir: Más vale un hombre vicioso que una mujer virtuosa. Mahoma dice en nombre de su Dios: "Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres en virtud de la preferencia que Dios ha dado a los hombres sobre las mujeres y de los bienes que gastan en ellas. ¡Amonesten a aquéllas de quienes tengan temor que puedan rebelárseles, déjenlas solas en el lecho, y péguenles! Si les obedecen, no se metan más con ellas." (Corán, cap. IV, 38.). Las Leyes de Manu dicen: "Durante la infancia, una mujer debe depender de su padre; durante su juventud, depende de su marido, si ha muerto su marido, de sus hijos; si no tiene hijos, de los próximos parientes de su marido o en su defecto de los de su padre; si no tiene parientes paternos, del soberano. Una mujer no debe nunca gobernarse a su antojo."
He aquí lo más curioso: "Debe estar siempre de buen humor."
215. La mujer no puede comparecer en juicio sin licencia de su marido, aunque tuviera negocio propio y no común, o estuviera separada de bienes.
37. Los testigos que intervengan en las actas del estado civil sólo podrán ser de sexo masculino (Código civil). Uno (el hombre) debe ser activo y fuerte, el otro (la mujer) pasivo y débil. (Jean-Jacques Rousseau, Emilio).
Esta fórmula se encuentra reproducida en el código: 213. El marido debe protección a su mujer, la mujer obediencia a su marido.
2. La mayoría de los sabios, ya sean naturalistas, médicos o filósofos han llegado a la conclusión más o menos explícita de que la mujer era intelectualmente inferior.
3. La mujer fue creada para el hombre (San Pablo).
4. "El pueblo francés, convencido de que el olvido y el desprecio de los derechos naturales del hombre son las únicas causas de los problemas del mundo, ha resuelto exponer, en una declaración solemne, sus derechos sagrados e inalienables, a fin de que todos los ciudadanos, pudiendo comparar en todo momento los actos del gobierno con la finalidad de toda institución social, no se dejen jamás oprimir y envilecer por la tiranía; a fin de que el pueblo tenga siempre ante sus ojos las bases de su libertad y de su felicidad; el magistrado la regla de sus deberes; el legislador el objeto de su misión.
En consecuencia, proclama, en presencia del ser supremo, la siguiente declaración de los derechos del hombre y del ciudadano: La finalidad de la sociedad es el bienestar común. El gobierno es instituido para garantizar al hombre la vigencia de sus derechos naturales e imprescriptibles.
Estos derechos son la igualdad, la libertad, la seguridad, la propiedad.
Todos los hombres son iguales por naturaleza y ante la ley.
La ley es la expresión libre y solemne de la voluntad general. (Convención Nacional, 27 de junio de 1793).
5. Todos los famosos generales del Imperio provenían de la clase obrera. Antes del 89, sólo los nobles eran oficiales.
6. He aquí, entre otras cosas, lo que dice Fourier: "He encontrado en el curso de mis investigaciones sobre el régimen societario mucho más raciocinio entre las mujeres que entre los hombres, ya que ellas me han dado en muchas ocasiones ideas nuevas que me han valido soluciones a problemas muy imprevistos. En muchas ocasiones, he debido a mujeres de la llamada clase espontánea (mente que capta rápidamente y devuelve sus ideas con exactitud, sin intermediario) valiosas soluciones a problemas que me habían torturado la mente. Los hombres nunca me han brindado una ayuda de este tipo.
¿Por qué no se encuentra en ellos esta aptitud para las ideas nuevas, exentas de prejuicios? Es que ellos tienen la mente esclavizada, encadenada por las prevenciones filosóficas que se les ha imbuido en las escuelas. Salen de ellas atiborrados de principios contrarios a la naturaleza y ya no pueden considerar con independencia una idea nueva. Por poco que discuerde con Platón y Séneca, se sublevan y anatomizan a aquel que se atreve a contradecir al divino Platón, al divino Catón, al divino Ratón." (La Falsa industria, p. 256).
7. Me enteré, por una persona que tomó los exámenes para llevar una casa cuna que, por órdenes de arriba, los maestros de este tipo de escuela debían dedicarse a desarrollar la inteligencia de los niños más que la de las niñas. En general, todos los maestros de

escuelas de pueblo actúan de la misma manera con los niños que educan. Muchos me han confesado que se les ordenaba que así hicieran. Es esto otra consecuencia lógica de la posición desigual que el hombre y la mujer tienen en la sociedad. Al respecto, existe un dicho proverbial: "¡Oh! Para una mujer, sabe más de lo suficiente".

8. Las mujeres del pueblo son muy tiernas con los niños pequeños hasta que llegan a los dos o tres años de edad. -Por su instinto de mujer, entienden que el niño, durante sus primeros dos años, requiere de una atención continua. -Pero después de esta edad, los brutalizan (salvo excepciones).

9. Es de notar que en todos los oficios ejercidos por los hombres, el jornal que se paga a la obrera es la mitad del que recibe el obrero o, si trabaja a destajo, cobra la mitad menos. Al no poder imaginar una injusticia tan flagrante, el primer pensamiento que nos asalta es éste -Por sus fuerzas musculares, el hombre realiza sin duda el doble del trabajo de la mujer. Pues bien, lectores, ocurre justamente lo contrario. En todos los oficios que requieren destreza y agilidad en los dedos, las mujeres realizan casi el doble del trabajo de los hombres. Por ejemplo, en la imprenta, para componer (cometen muchos errores, pero se debe a su falta de instrucción); en las hilanderías de algodón, hilo o seda, para atar los hilos; en una palabra, en todos los oficios que requieren de cierta ligereza en las manos, las mujeres se destacan. -Un impresor me dijo un día con una ingenuidad de lo más característica -"Les pagamos la mitad, es muy justo ya que ellas van más rápido que los hombres; ganarían demasiado si les pagáramos lo mismo." -Sí, se les paga no por el trabajo que realizan, sino por los pocos gastos que hacen, a consecuencia de las privaciones que se imponen. -Obreros, ustedes no han vislumbrado las consecuencias desastrosas que acarrearía para ustedes semejante injusticia cometida en detrimento de sus madres, sus hermanas, sus mujeres, sus hijas. -¿Qué es lo que ocurrió? Que los industriales, viendo que las mujeres trabajan más rápido y a mitad de precio, despiden cada día a los obreros de sus fábricas para sustituirlos con obreras. También, el hombre se cruza de brazos y se muere de hambre en la calle. Así han actuado los jefes de las fábricas en Inglaterra. -Una vez que se toma esta vía, se despide a las mujeres para sustituirlas con niños de doce años. -¡Ahorrándose la mitad del sueldo! Al final, sólo interesan los niños de siete u ocho años. -Dejen pasar una injusticia, pueden estar seguros de que generará miles más.

10. ¿Por qué los obreros van a la taberna? -Por egoísmo, las clases altas, las que gobiernan, se han quedado completamente ciegas. -No entienden que su fortuna, su felicidad, su seguridad dependen del mejoramiento material de la clase obrera. Abandonan al obrero en la miseria, la ignorancia, pensando, según reza la antigua máxima, que mientras más bruto sea el pueblo, más fácil es amordazarlo. Esto valía antes de la declaración de los derechos del hombre; desde entonces, es cometer un craso anacronismo, una falta grave. Además, habría que ser al menos consecuente: si se cree que es buena y sabia política dejar la clase pobre en el estado de brutos, entonces ¿por qué censurar sin cesar sus vicios? -Los ricos acusan a los obreros de perezosos, libertinos, borrachos; y para sustentar sus acusaciones, exclaman: "Si los obreros son miserables, es sólo por su culpa. -Vayan a las barreras, entren a las tabernas, las encontrarán repletas de obreros que están tomando y perdiendo el tiempo." Yo creo que si los obreros, en lugar de ir a la taberna, se reunieran entre siete (número que permiten las leyes de septiembre) en una habitación para allí instruirse juntos sobre sus derechos y pensar en los medios que se han de emplear para hacerlos valer legalmente, los ricos estarían más descontentos que al ver tabernas repletas.

En el actual estado de cosas, la taberna es el TEMPLO del obrero; es el único lugar adonde pueda ir. No cree en la iglesia, no entiende nada del teatro. He aquí porque las tabernas siempre están llenas. -En París, las tres cuartas partes de los obreros ni siquiera tienen domicilio, duermen en dormitorios comunes; y aquellos que conviven se alojan en desvanes donde falta espacio y aire, por lo cual se ven obligados a salir si quieren ejercer sus miembros y reavivar sus pulmones. -No quieren instruir al pueblo, le prohíben que se reúna, por temor de que se instruya a si mismo, que hable de política o de doctrinas sociales, no quieren que lea, que escriba, que emplee el pensamiento, por temor de que se rebele. Pero ¿qué quieren que hagan? Si le prohíben toda actividad mental, es obvio que el único recurso que le queda es la taberna. ¡Pobres obreros! Agobiados por miserias, por

penas de toda índole, ya sea en su hogar o en la casa del dueño, o bien porque los trabajos repugnantes y forzados a los que se les condena les irritan tanto el sistema nervioso que a veces se vuelven como locos; en este estado, para escapar del sufrimiento, no tienen más refugio que la taberna. Por eso van ahí a tomar vino azul, ¡medicina execrable! pero que tiene la virtud de marear.

Ante semejantes hechos, se encuentra en el mundo gente llamada virtuosa, llamada religiosa, que cómodamente instalada en sus casas, toma con cada comida y en abundancia un buen vino de Burdeos, un vino añejo de Chablis o un excelente champán -y ¡esta gente lanza largas peroratas morales contra la borrachera, el libertinaje y los excesos de la clase obrera!

En el transcurso de los estudios que he realizado sobre los obreros (desde hace diez años que me dedico a ellos), nunca he visto a borrachos, ni a verdaderos libertinos entre los obreros que tienen hogares felices y viven con cierto desahogo. -Mientras que entre aquellos que tienen hogares infelices y viven hundidos en la miseria extrema, conocí a unos borrachos incorregibles.

La taberna, por lo tanto, no es la causa del mal, sino simplemente el efecto. -La causa del mal radica únicamente en la ignorancia, la miseria, el embrutecimiento que aflige a la clase obrera. Instruyan al pueblo y dentro de veinte años, los vendedores de vino azul que tienen tabernas por las barreras cerrarán el negocio por falta de consumidores.

En Inglaterra, donde la clase obrera es mucho más ignorante e infeliz que en Francia, los obreros y las obreras llevan este vicio de la borrachera hasta la demencia (Vean lo que dice Eug. Buret al respecto).

11. En apoyo de lo que afirmo aquí con relación a la brutalidad de las mujeres del pueblo y la excelencia de su naturaleza, citaré un hecho que ocurrió en Burdeos en 1827, durante mi estadía en esta ciudad.

Entre las vendedoras de verduras que tienen su negocio al aire libre en la plaza del mercado, había una que todas las criadas temían por lo insolente, lo malvada y lo brutal que era. El marido de esa mujer era basurero y recogía la basura en las calles de la ciudad. -Una noche, regresa a casa y la sopa no estaba lista. -Estalla una pelea entre el marido y la mujer. De las injurias el hombre quiere pasar a los golpes y le da una bofetada a su mujer. -Ella, que se encontraba cortando las verduras de la sopa con un gran cuchillo de cocina, exasperada por la cólera, se abalanzó sobre su marido con el cuchillo en mano y le atravesó el corazón. Éste cayó muerto en el acto. La mujer fue llevada a la cárcel.

Al ver a su marido muerto, esta mujer tan brutal, tan mala sintió tanto dolor, tanto arrepentimiento que, a pesar de su crimen, inspiró a todos no sólo compasión, sino también respeto. -Fue fácil establecer que el marido la había provocado, que el asesinato se había cometido en un momento de cólera, sin premeditación alguna. -Era tal su dolor que se temía por su vida, y como amamantaba a un niño de cuatro meses, el juez de instrucción, pensando calmarla, le dijo que se podía tranquilizar, que sería absuelta. Pero para sorpresa de todos los presentes, al oír estas palabras, la mujer exclamó: "¡Yo, absuelta! Pero Señor Juez, ¿qué está diciendo? Si se absolviera a una miserable como yo, ya no habría justicia en la tierra." Se recurrió a todos los razonamientos para darle a entender que no era una criminal, ya que no había tenido el pensamiento de cometer un asesinato. -"¿Pero qué importa el pensamiento?", repetía, "si hay en mi una brutalidad que me lleva ora a lisiar a mis hijos ora a matar a mi marido. ¿No seré un ser peligroso, incapaz de vivir dentro de la sociedad?" Al final, cuando fue absuelta, esta mujer, bruta, sin la menor educación, tomó una resolución digna de los hombres más fuertes de la República romana. -Declaró que quería hacerse justicia a sí misma y que se iba a dejar morir de hambre. ¡Y con cuánta fuerza, cuanta nobleza ejecutó esta terrible sentencia de muerte por si misma! Su madre, su familia, sus siete hijos le suplicaron llorando que consintiera a vivir por ellos. -Entregó su niño de pecho a su madre, diciendo: "Enseñe a mis hijos que pueden felicitarse por haber perdido a semejante madre, ya que en un momento de brutalidad, podría matarlos como he matado a su padre." Los jueces, los sacerdotes, las mujeres del mercado y muchas personas fueron a verla para rogarla en su favor. Ella fue inconmovible. Entonces, se intentó por otro medio, poniendo en su habitación pasteles, frutas, productos lácteos, carnes, y hasta aves asadas que se le llevaba bien caliente, para

que el olor la incitara a comer. "Todo lo que hacen es inútil," repetía la mujer con mucha sangre fría y dignidad, "una mujer que es tan brutal como para matar al padre de sus siete hijos debe morir, y moriré." Sufrió atroces torturas sin quejarse y al séptimo día falleció.
12. La Phalange del 11 de septiembre de 1842 dice lo siguiente acerca del artículo muy relevante de La Presse: La Presse ha tomado la sabia decisión de dejar de lado las vanas querellas en torno a la pequeña sesión, al carácter de los votos de la encuesta y la ley de regencia, a la conversión del Sr. Thiers, y se pone a estudiar las cuestiones que se someterán a las diputaciones. Hoy en día muchos niños aún siguen sin tener instrucción y 4,196 comunas no tienen escuela. Para quitar todo pretexto a los padres, para triunfar sobre la despreocupación y la mala voluntad de algunos ayuntamientos, el publicista de La Presse se propone suprimir la retribución mensual pagada por los alumnos y que el establecimiento y mantenimiento de todas las escuelas dejen de correr a cargo de las comunas, y estén inscritas desde ahora en el presupuesto del Estado. Siempre hemos dicho que la sociedad debe asegurar educación a todos sus miembros, y es del todo deplorable que el gobierno de un país ilustrado no atienda él mismo, y de rigor, a que la infancia esté rodeada de todos los cuidados necesarios para su desarrollo. Citamos el final del artículo de La Presse. Las reflexiones de este periódico acerca de la instrucción de las mujeres son justas y lo honran. Hemos, en todo momento, protestado contra este odioso y estúpido abandono de un sexo entero, del que se hacía culpable nuestra sociedad llamada civilizada y realmente bárbara en muchos aspectos.
"Junto a esta importante reforma, está otra, quizá más urgente, que las diputaciones también deben recomendar a la administración y a las cámaras; estamos hablando de la organización de las escuelas primarias para las niñas. ¿Acaso no es extraño que un país como Francia, que considera estar a la cabeza de la civilización, que busca comprobarlo esparciendo en todas las clases de ciudadanos las luces de la instrucción, que abre por todos lados escuelas par los niños y escuelas para sus maestros, se olvide tan completamente de instruir a las mujeres, los primeros maestros de la infancia? Este olvido no sólo es una injusticia, sino una imprudencia, una falta. ¿Qué resulta en efecto de la ignorancia de la mayoría de las madres de familia? Que, a los cinco años, cuando sus hijos llegan a la escuela, llevan una multitud de malas disposiciones, creencias absurdas, ideas falsas que han recibido desde pequeño, y al maestro le cuesta más hacer que se olviden de ellas, destruirlas en su mente, que enseñarles a leer. Entonces, a fin de cuentas, cuesta más tiempo y más dinero consumar una injusticia y tener malos alumnos que dar instrucción a las mujeres y, a la vez, hacer de ellas obreras más hábiles, amas de casa más útiles y repetidores naturales y gratuitas de las lecciones de la escuela."
13. Lean La Gazette des Tribunaux. Es ahí, ante los hechos, donde se debe estudiar el estado de exasperación que hoy en día manifiestan las mujeres.
14. Acabo de demostrar que la ignorancia de las mujeres del pueblo trae las más funestas consecuencias. Afirmo que es imposible la emancipación de los obreros mientras las mujeres permanezcan en este estado de embrutecimiento -Éstas detienen todo progreso. -En algunas ocasiones, he sido testigo de escenas violentas entre marido y mujer. -Muchas veces he sido víctima recibiendo las más groseras injurias. -Esas pobres criaturas, sin ver más allá de sus narices, como se dice, se enfurecían con el marido, y conmigo, porque el obrero perdía algunas horas de su tiempo dedicándose a ideas políticas o sociales. "¿Qué necesidad tienes de meterte en cosas que no son asunto tuyo?" gritaban, "piensa en ganar algo para comer y deja que el mundo siga su curso."
Es cruel decirlo pero conozco a pobres obreros, hombres de corazón, inteligencia y buena voluntad, que no desean otra cosa que dedicar su domingo y sus pequeños ahorros al servicio de la causa, y que, para tener tranquilidad en la casa, ocultan a su mujer y a su madre que me vienen a ver o me escriben. Esas mismas mujeres me execran, hablan horrores de mi, y, si no fuera por el temor a la cárcel, quizá se propasarían hasta el extremo de llegar a mi casa a insultarme y golpearme, porque cometo el gran crimen, según dicen ellas, de meter en la cabeza de sus hombres ideas que los obligan a leer, escribir, hablar entre ellos, tantas cosas inútiles que hacen perder el tiempo. -¡Es deplorable! -Sin embargo, he conocido a algunas que son capaces de entender las cuestiones sociales y muestran dedicación.

Mujeres públicas

Jamás he podido ver una mujer pública sin ser conmovida por un sentimiento de compasión por nuestras sociedades, sin sentir el desprecio por su organización y odio por sus dominadores que extraños a todo pudor, a todo respeto por la humanidad, a todo amor por sus semejantes, reducen la criatura de Dios al último grado de abyección. ¡La rebajan por debajo de lo brutal!

Comprendo al salteador de caminos que saquea a los que pasan por los grandes caminos y entrega su cabeza a la guillotina. Comprendo al soldado que juega constantemente su vida y no recibe nada a cambio sino unos centavos por día. Comprendo al marinero que expone la suya al furor de los mares. Los tres encuentran en su oficio, una poesía sombría y terrible. Pero no podría comprender a la mujer pública abdicando de ella misma, aniquilando su voluntad, sus sensaciones, entregando su cuerpo a la brutalidad y al sufrimiento y su alma al desprecio. La mujer pública es para mí un misterio impenetrable... Veo en la prostitución una locura horrenda, o bien es en tal forma sublime que mi ser humano no puede tener conciencia de ello. Arrostrar la muerte no es nada; pero ¡qué muerte afronta la mujer pública! Está comprometida con el dolor y consagrada a la abyección. Sufre torturas físicas incesantemente repetidas, muerte moral en todos los instantes, y desprecio de sí misma.

Lo repito, hay en ella algo de sublime o de locura.

La prostitución es la más horrorosa de las plagas que produce la desigual repartición de los bienes de este mundo. Esta infamia marchita la especie humana y atenta contra la organización social más que el crimen. Los prejuicios, la miseria y la esclavitud combinan sus funestos efectos para producir esta sublevante degradación. Sí, si no se hubiese impuesto a la mujer la castidad por virtud sin que el hombre a ello fuese obligado, ella no sería rechazada de la sociedad por

Tomado de Promenades dans Londres. París: H.L. Delloye, 1840. Versión en castellano: Paseos en Londres, Capítulo VIII. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1972.

haber accedido a los sentimientos de su corazón, y la mujer seducida, engañada y abandonada no estaría reducida a prostituirse. Sí, si vos la admitieseis a recibir la misma educación, a ejercer los mismos empleos y profesiones que el hombre, ella no sería más frecuentemente que él propensa a la miseria. Si vos no la expusieseis a todos los abusos de la fuerza, por el despotismo del poder paterno y la indisolubilidad del matrimonio, ella no estaría jamás colocada en la alternativa de sufrir la opresión y la infamia.

La virtud o el vicio supone la libertad de hacer bien o mal; pero cuál puede ser la moral de la mujer que no se pertenece a sí misma, que no tiene nada propio, y que toda su vida ha sido preparada a sustraerse a lo arbitrario por la astucia y a la coacción por la seducción. Y cuando es torturada por la miseria, cuando ve el goce de todos los bienes alrededor de los hombres, ¿el arte de gustar, en el cual ha sido educada no la conduce inevitablemente a la prostitución?

¡Por ello, que esta monstruosidad sea imputada a vuestro estado social y que la mujer sea absuelta! Mientras que ella esté sometida al yugo del hombre o del prejuicio, a que no reciba la más mínima educación profesional, que esté privada de sus derechos civiles, no podrá existir ley moral para ella. En tanto que no pueda obtener el goce de los bienes sino por la influencia que ella ejerce sobre las pasiones, que no haya título para ella y que sea despojada por su marido de las propiedades que ella ha adquirido por su trabajo o que su padre le ha dado, que no sepa asegurarse el uso de los bienes y de la libertad sino viviendo en el celibato, no podrá existir ley moral para ella, y puede afirmarse que hasta que la emancipación de la mujer tenga lugar, la prostitución irá creciendo todos los días.

Las riquezas están repartidas más desigualmente en Inglaterra que en ningún otra parte, la prostitución debe ser por lo tanto más considerable. El derecho de testar no está restringido por la ley inglesa, y los prejuicios aristocráticos que reinan en el pueblo, desde el feudo del lord hasta la cabaña humilde del «labrador», hacen instituir «un heredero» en todas las familias; en consecuencia las hijas no tienen sino débiles dotes, a menos que no tengan hermanos.

No obstante, existen, solo pocos empleos para las mujeres que han recibido alguna educación; además los prejuicios fanáticos de las sectas religiosas hacen rechazar de todo hogar, y a menudo incluso del techo paterno, a las muchachas que han sido seducidas o engañadas, y la mayor parte de los ricos propietarios del campo, los fabricantes y los jefes de fábricas hacen el juego de seducirlas y engañarlas. Ah, que estos capitalistas, que estos propietarios del suelo, a quienes los proletarios hacen tan ricos por el intercambio de catorce horas de trabajo

por un pedazo de pan..., están lejos de balancear, por el uso que hacen de su fortuna, los males y desórdenes de todo género que resultan de la acumulación de las riquezas en sus manos. Aquellas riquezas casi siempre alimentan el orgullo y ocasionan excesos de intemperancia y de libertinaje, de suerte que el pueblo pervertido por su horrible miseria es todavía corrompido por los vicios de los ricos.

Las muchachas nacidas en la clase pobre son empujadas a la prostitución por el hambre. Las mujeres son excluidas de los trabajos del campo y cuando no son ocupadas en las manufacturas, no tienen otro recurso de vida sino la servidumbre y la prostitución.

Vayamos, hermanas mías, marchemos
en la noche como en el día;
a toda hora, a todo precio es preciso
hacer el amor, es preciso hacerlo,
aquí abajo el destino nos ha hecho
para cuidar la casa y a las mujeres
honestas.

Las mujeres públicas de Londres son tan numerosas que a toda hora se les ve en todas partes. Afluyen a todas las calles, pero en ciertos momentos del día se hacen presentes en los barrios alejados donde la mayor parte reside, en las calles donde se encuentra el gentío y en los paseos y teatros. Es raro que reciban a los hombres en sus casas; los propietarios de las casas casi siempre se oponen y luego las habitaciones que ocupan están mezquinamente amobladas. Las muchachas llevan sus «capturas» a casas destinadas al oficio, casas que existen de distancia en distancia en todos los barrios, sin excepción y, son, de acuerdo con lo que informa el doctor Ryan, tan numerosas como las tiendas de «Gin». Fui como observadora, acompañada de dos amigos armados de bastones, a visitar, entre siete y ocho horas del día, el nuevo barrio al cual llega el puente de Waterloo y que atraviesa a lo ancho y a lo largo la calle de Waterloo-road. Aquel barrio está casi enteramente poblado de prostitutas y de agentes de la prostitución. No sería sino incurriendo en inminentes peligros que se le puede atravesar solo por la noche. Estábamos en verano y la tarde estaba muy cálida, las muchachas estaban en las ventanas o sentadas frente a sus puertas, riendo y jugando con sus «mantenidos». Medio vestidas, muchas desnudas hasta la cintura, revoloteaban provocando repugnancia, mientras que la expresión de cinismo y de crimen se leía sobre el rostro de sus mantenidos y provocaban el miedo.

En general estos mantenidos eran hombres muy bellos, jóvenes, grandes y fuertes; pero por su aire común y grosero, se creería ver aquellos animales que no tienen sino apetitos por instinto.

Muchos se nos acercaron y nos preguntaron si no queríamos una habitación. Como les respondimos negativamente, uno, más atrevido que los otros, nos dijo en tono amenazador: ¿qué vienen entonces a hacer a este barrio, si no quieren una habitación para hacer entrar a «vuestra dama»? Confieso que no habría querido encontrarme sola frente a este hombre.

Recorrimos así todas las calles adyacentes de Waterloo-road, y nos fuimos a sentar sobre el puente para observar otro espectáculo. Vimos pasar las mujeres del barrio de Waterloo-road, que por la noche, entre las ocho y las nueve, van en «bandas» al West-end de la ciudad, donde ellas ejercen su oficio durante la noche y vuelven hacia las ocho o las nueve de la mañana.

Las muchachas recorren todos los paseos y las calles donde se dirige el gentío; aquella que conduce a la bolsa, a las horas donde el mayor número de personas se congrega, alrededores de los teatros y otros lugares públicos. A la hora de las entradas de precio medio invaden todos los espectáculos y se apoderan de las salas de descanso donde hacen sus salones de reunión. Después del espectáculo las muchachas se reúnen en los finishes: éstos son innobles cabarets o vastas y suntuosas tabernas a donde se van para terminar la noche.

Los finishes se unen a las costumbres inglesas como el estaminet a los hábitos alemanes y el café elegante a las costumbres francesas. En los unos el empleado de oficina, el dependiente, el corredor, beben la cerveza fuerte, fuman mal tabaco y tienen francachela con las muchachas suciamente vestidas. En los otros la alta sociedad bebe punch au cognac, vino de Francia y del Rhin, Cherry y Porto; fuma excelentes cigarros de la Habana, ríe y juega con las muchachas jóvenes, bellas y ricamente vestidas. Pero en estos como en aquellos, la orgía se muestra en toda su brutalidad, en todo su horror.

Se me ha contado a propósito de los finishes, las escenas de lujuria que me resistí a creer. Me encontraba en Londres por cuarta vez, y había venido con la firme intención de conocer todo. Me decidí por tanto a sobreponerme a mi repugnancia, e ir yo misma a uno de esos finishes a fin de juzgar el grado de confianza que debía otorgar a las diversas pinturas que me habían hecho. Los mismos amigos que habían venido a acompañarme a Waterloo-road se ofrecieron entonces a servirme de cicerone.

Es un espectáculo para ver, y para hacernos conocer mejor el estado moral de Inglaterra que todo lo que se podría decir. Tales tabernas espléndidas tienen una fisonomía muy particular. Parece que los concurrentes asiduos a aquellos palacios les dedican la noche. Van a dormir cuando el sol comienza a brillar en el horizonte y se despiertan

después de su ocaso. En el exterior aquellos palacios-tabernas (gin-palaces) cuidadosamente cerrados, no indican sino el sueño y el silencio; mas apenas el portero os ha abierto la pequeña puerta por donde entran los iniciados, vos sois deslumbrado por las vivas y brillantes luces que se escapan de mil mecheros de gas. El primero es un inmenso salón dividido en dos a lo largo. En una de sus divisiones hay una hilera de mesas separadas por tabiques de madera, como en todos los restaurantes ingleses. A los dos costados de las mesas hay bancos en forma de sofás; al frente, en otra división, hay un estrado donde las muchachas del placer con amplios trajes se mantienen en «exhibición». Ellas provocan a los hombres con la mirada y la palabra. Cuando se les responde llevan al galante gentleman a una de las mesas pues todas están llenas de carnes frías, de jamones, de aves, de pasteles y toda especie de vinos y licores.

¡Los finishes son los templos que el materialismo inglés eleva a sus dioses! Los domésticos que les sirven están elegantemente vestidos, los industriales propietarios del establecimiento saludan humildemente a los convidados que vienen a cambiar su oro por la orgía.

Hacia la media noche los asiduos comienzan a llegar. Varias de estas tabernas son lugares de citas de la alta sociedad, donde la élite de la aristocracia se congrega. Al principio los jóvenes lords se tienden sobre los bancos en forma de sofás, fuman y bromean con las mujeres después; tras de varias libaciones, los vapores del champaña, el alcohol de madera exaltan su cerebro, y los ilustres mozos de la nobleza inglesa, los muy honorables del parlamento se quitan el vestido, desatan la corbata, se sacan el chaleco y los tirantes. Estos establecen su «camarín particular» en un cabaret público. La orgía va siempre creciendo. Entre las cuatro y cinco horas de la mañana ella llega a su apogeo.

¡Oh entonces es necesario una cierta dosis de coraje para quedar allí, mudo espectador de todo lo que pasa!

¡Qué digno empleo hacen de sus inmensas fortunas estos nobles señores ingleses! Cuán bellos, cuán generosos son cuando han perdido el uso de su razón y ofrecen cincuenta, cien guineas a una prostituta si quiere ella prestarse a todas las obscenidades que la ebriedad produce...

En los finishes hay toda clase de entretenimientos. Uno de los más gustados es el de emborrachar a una mujer hasta que caiga muerta de ebriedad; entonces se le hace probar vinagre en el cual mostaza y pimienta han sido arrojados; este brebaje le da casi siempre horribles convulsiones y los sobresaltos y las contorsiones de esta desgraciada provocan las risas y divierten infinitamente a la honorable sociedad.

Una diversión también muy apreciada en esas elegantes reuniones, es la de arrojar sobre las muchachas que yacen muertas de ebriedad sobre el piso un vaso de no importa qué. He visto los vestidos de satén en los que ya no se veía ningún color: era una mezcla confusa de manchas; vino, aguardiente, cerveza, café, té, crema, etc., que diseñaban mil formas extravagantes; escritura matizada de la orgía. ¡Oh, la criatura humana no podría descender más bajo!

El aspecto de este licencioso espectáculo subleva, espanta y sus exhalaciones llegan a revolver el estómago; el aire está cargado de miasmas infectas; el olor de las carnes, de las bebidas, del humo de tabaco y otros más fétidos todavía... todas estas emanaciones penetran en la garganta, y os aprietan las sienes y os dan vértigo. ¡Oh, es horrible! Sin embargo esta vida que ellas recomienzan «cada noche» es para la mujer pública la única esperanza de fortuna, porque no tienen oportunidad con el inglés «en ayunas», pues el inglés en ayunas es casto hasta la mojigatería.

Es ordinariamente hacia las siete u ocho de la mañana que se retiran del finish. Los domésticos van a buscar los coches. Aquellos que todavía se mantienen en pie buscan sus vestidos, los recogen y se retiran a sus casas. En cuanto a los otros, los mozos de la taberna los visten como pueden, con los primeros vestidos que tienen a la mano y los llevan al coche de alquiler e indican al conductor la dirección de sus domicilios. Muy a menudo ocurre que se desconoce la casa de esos individuos; entonces son colocados en una sala al fondo de la casa, donde se les acuesta buenamente sobre paja. Esta sala se llama el «hueco de los borrachos». Se quedan ahí hasta que recuperen el sentido y puedan decir dónde quieren ser conducidos.

Es inútil decir que los objetos consumidos en esas tabernas se pagan a enormes precios; así pues los borrachos salen con sus bolsillos vacíos, felices si la codicia de su sirena les ha perdonado el reloj, los anteojos de marco de oro o cualquier otra cosa de valor.

En esta ciudad de desenfreno, la vida de las mujeres públicas de toda clase es de corta duración. Lo quiera o no, la prostituta está obligada a beber alcohol. ¡Qué temperamento podría resistir los continuos excesos! Así tres o cuatro años es el período de existencia de la mitad de las prostitutas de Londres. Las hay que resisten siete u ocho años, pero es el término extremo que muy pocas alcanzan y que solamente muy raras excepciones superan. Muchas mueren de malas enfermedades o de fluxiones al pecho en los hospitales y cuando no pueden ser admitidas sucumben a sus males en horribles viviendas, experimentando la privación de alimentos, de remedio, de cuidado en fin de todas las cosas. El perro al morir encuentra la mirada de su amo, en

tanto que la prostituta muere en la esquina de cualquier calle, sin que nadie se detenga a mirarla con piedad.

De ochenta a cien mil mujeres, la flor de la población, viven en Londres de la prostitución. Cada año, de quince a veinte mil se enferman y tienen la muerte del leproso, en un total abandono. Cada año, un número más considerable todavía viene a reemplazar a aquéllas cuya espantosa existencia termina.

Para explicar una prostitución tan difundida, es necesario tener presente en el espíritu el inmenso aumento que han tomado las riquezas de Inglaterra desde hace cincuenta años, y recordar que, en todos los pueblos y en todas las épocas, la sensualidad se ha desarrollado junto con la riqueza. El móvil del comercio se ha vuelto tan poderoso entre los ingleses que ha superado a todos los otros. No hay uno donde el pensamiento dominante no sea otra cosa que el ganar dinero («to make money»). Los hijos menores de las más ricas familias están también en la necesidad de hacer fortuna y ninguno está satisfecho con lo que posee.

El amor al dinero, implantado en el corazón de los jóvenes en la edad más tierna, destruye los afectos de familia así como toda compasión de los males ajenos y no permite crecer ningún sentimiento de amor. El amor no entra para nada en su vida. Es sin amor que seducen a una muchacha, es sin amor que se casan. El joven «se casa con dote», abandona a su mujer y va a dilapidar la fortuna en las casas de juego, los clubes y los «finishes del West-end». Oh, esta vida completamente material de los apetitos y de los intereses es repelente. Jamás sociedad alguna ha presentado un aspecto tan horroroso. El dinero por motor; y para todo goce, el vino y las prostitutas.

En Londres todas las clases están profundamente corrompidas. Durante la infancia el vicio adelanta la edad. En la vejez sobrevive a los sentidos apagados y las enfermedades de la lujuria han penetrado en todas las familias. La pluma se niega a describir los extravíos, las vilezas a las cuales se dejan arrastrar los hombres hastiados de todo, que no tienen sino los sentidos y cuya alma es inerte, el corazón marchito, el espíritu sin cultura. Frente a una tal depravación, San Pablo habría exclamado: «Anatema sobre los fornicadores», y habría huido de esta isla sacudiéndose el polvo de los pies.

En Londres no se tiene consideración por las víctimas del vicio. La suerte de la mujer pública no inspira más piedad que aquella del irlandés, del judío, del proletario y del mendigo. Los romanos no eran más insensibles para con la vida de los gladiadores que perecían en el circo. Los hombres, cuando no están ebrios, rechazan con el pie a las prostitutas y aun les pegarían si no temieran el escándalo, los resulta-

dos de una batalla con los mantenidos o la intervención de la policía. Las mujeres honestas tienen por estas desgraciadas un desprecio duro, seco y cruel, y el sacerdote anglicano no es consolador de todos los infortunados como el católico. El sacerdote anglicano no tiene misericordia por la prostituta. ¡Éste pronunciará en el púlpito un discurso enfático acerca de la caridad y el afecto que tuvo Jesús por la Magdalena, pero para los millares de Magdalenas que mueren cada día en los horrores de la miseria y del abandono, no hay ni una lágrima! ¡Qué le importan estas criaturas! Su deber es divulgar en el templo un discurso hecho con talento, a día y hora fijos, eso es todo. En Londres la prostituta no tiene derecho sino al hospital, y aun así, sólo cuando encuentra un lugar desocupado.

El amor propio nacional, que nos lleva a desear que el país o la Providencia nos ha hecho nacer sea mejor que todos en la tierra, esta disposición malévola hacia los otros países, fruto amargo de las luchas pasadas y que forma el más grande obstáculo al progreso, nos impide a menudo reconocer las causas de los males que el extranjero nos señala. El espíritu de odio se despierta entonces, y nosotros lo aumentamos, añadimos proveyéndole de pruebas por hechos tan manifiestos como las nieblas del Támesis, porque la unidad de interés de las naciones, no siendo todavía concebida sino por un pequeño número de personas adelantadas, permite que el extranjero que no nos aprueba sea tomado por el enemigo que nos injuria.

La prostitución existe en todas partes, pero en Londres es un hecho tan inmenso, que se la ve como un monstruo que todo lo quiere tragar; y he comprendido colocándome en el punto de vista del vulgo, que probablemente no se querría convenir conmigo en su impotencia, y que el cuadro sería acusador de exageración. Yo pensaba entonces en hacerme de pruebas, de autoridades que confirmasen el testimonio de mis ojos.

Había leído el libro de M. Parent Duchatelet, y sabía que era imposible de llegar a la exactitud matemática en la apreciación de un hecho que escapa a los datos estadísticos, se podría sin embargo, por largas observaciones, acercarse mucho a la verdad. Me informé si se había encontrado en Inglaterra un filántropo lo suficientemente devoto a la humanidad para consagrar su vida al examen de la prostitución de Londres, con aquella indomable obstinación que había tomado Parent Duchatelet al examinar y estudiar la prostitución de París. Se me indicó al Doctor Ryan cuya obra sobre la prostitución de Londres levantó recriminaciones y odios.

El doctor Ryan, autor de varias obras de mérito reconocido y cuya numerosa clientela atestigua su talento, no había tenido necesidad de

publicar esta obra para adquirir una reputación. Esta publicación, que debía indignar el espíritu hipócrita de las costumbres inglesas y provocar las vociferaciones de las clases altas a las cuales arrancaba la máscara, es de su parte un acto sublime de sacrificio. El doctor Ryan conocía su país y las consecuencias que debía traer su publicación. Pero dotado de aquel coraje enérgico que planea por encima de los clamores de un mundo corrompido, divulgó atrevidamente los hechos, señaló la corrupción y las vilezas que encierra la ciudad monstruo.

Fue el año pasado que apareció en Londres el libro del doctor Michael Ryan teniendo por título Prostitución en Londres. Esta obra contiene, sobre la prostitución en Londres, los datos más precisos que es posible obtener en el estado actual de la policía inglesa. El doctor Ryan cita con apoyo de hechos, que él adelanta, los informes de «la sociedad por la supresión del vicio» frente al comité del parlamento, en 1837 y 1838; los de la policía metropolitana, en 1837 y 1838; aquellos de la sociedad de Londres «para prevenir la prostitución de la infancia», en 1836, 1837 y 1838; los informes de M. Talbot, secretario de esta sociedad, y de los comisarios de policía frente al parlamento, y en fin aquellos del ministerio del interior, en 1837 y 1838.

Resulta de estos documentos que en 1793 M. Colquhoun, hombre de mérito y magistrado de policía, después de haberse entregado a largas investigaciones, evalúa en cincuenta mil el número de las prostitutas en Londres; pero esto no es sino una evaluación, porque aún en el presente, que la policía está mejor organizada, no hay ningún medio para llegar a la exactitud en este caso. Desde 1793 la población de Londres ha doblado, se puede por lo tanto suponer que el vicio ha seguido una proporción más fuerte, teniendo en cuenta que la desigualdad en la repartición de la riqueza se ha mantenido a la misma altura, y que la producción no ha crecido en razón de la población, que los salarios han disminuido en consecuencia, y que ninguna mejora real de la suerte del proletariado ha sido efectuada todavía por el gobierno. Mientras tanto el doctor Ryan, de acuerdo con los datos que ha recogido de los magistrados de la policía y de los señores Prichard y Talbot, secretarios de las sociedades arriba mencionadas, estima que existe en Londres de 80 a 100,000 mujeres públicas, cuya mitad -otros afirman que las dos terceras partes- están por debajo de los veinte años.

No es sino por aproximación que se puede evaluar la duración media de su existencia; porque hasta 1838 no existía en Inglaterra ley que obligara a registrar a los muertos. Clarke, el último Chamberlain de la ciudad de Londres, evalúa en cuatro años la vida de la prostituta, otros la evalúan en siete años, mientras que la sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud» estima que en Londres la mortalidad

anual de las mujeres públicas es de ocho mil. Talbot piensa, a juzgar por el resultado de sus investigaciones, que existen en Londres cinco mil «casas de perversión»: tantas como establecimientos donde se vende el «gin». Ryan evalúa que en Londres hay cinco mil individuos, hombres o mujeres empleados en proveer de mujeres a las casas de perversión, y cuatrocientos o quinientos que él designa bajo el nombre de «trapanners» ocupados en tender redes a las muchachas de diez a doce años para atraerlas de «grado» o por «fuerza» a estas espantosas cavernas. Él evalúa que 400,000 personas están implicadas, directa o indirectamente, en la prostitución, y que 8,000,000 de libras esterlinas (400,000.000 de francos) son anualmente gastados en Londres en este vicio.

Ha sido en mayo de 1835 que fue instituida la Sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud». En su llamado al público, expone el estado de depravación de las clases populares en Londres. Afirma que existen escuelas donde la juventud de los dos sexos es preparada para el hurto y para todos los actos de inmoralidad; que la prostitución y el robo son «abiertamente propiciados» por aquellos que aprovechan de ello, que en fin el crimen es organizado regularmente, y dirige un llamado a los ciudadanos acerca de los más atroces de los atentados que se cometen impunemente a pleno día en las calles de Londres, para alimentar el más infame de los comercios. Existe, dice aquél, un gran número de hombres y de mujeres cuyo comercio consiste «en vender a las muchachas de diez a quince años que han atrapado en sus redes». Las muchachas, atraídas bajo diversos pretextos a las casas de delito o de perversión, mantenidas a título privado durante quince días, son perdidas para siempre por sus parientes.

En mayo de 1836, el comité de la Sociedad, en la cuenta rendida de sus trabajos hacen notar «que sea cual sea la pena que todo hombre moral experimenta con la visión de las escenas de vicios que se muestran sin disimulo en la metrópoli, no obstante el espectáculo más indignamente ofrecido por el espantoso crecimiento de la prostitución de la juventud. De noche, y aún en pleno día, las calles son recorridas por los desgraciados muchachos desviados de la senda de la virtud, de la protección de sus padres, por los impíos que los han llevado a su destrucción con el objeto de hacer una ganancia y que sin embargo permanecen sin castigo».

Entre las muchachas seducidas a las cuales el comité vino en ayuda durante el primer año de su ejercicio, hago notar el caso de una muchacha de trece a catorce años. El tratante de esclavos que la hubo pervertido y en cuya casa ella estaba retenida, llevado al juicio, ha sido absuelto. Por lo demás, en las cuentas rendidas a la Sociedad, para los

años 1837 y 1838, se cuentan varios hechos de la misma especie y los traficantes de carne humana han sido condenados a «algunos meses de prisión».

Después de haber referido algunos de los medios de atracción empleados con las muchachas que ha socorrido, el comité añade: «los numerosos artificios usados para atraer al remolino de miseria, a los muchachos de los dos sexos sin experiencia son tan complicados, tan variados, que sería imposible de detallarlos. Es por ello que hablaremos solamente del trato que sufren aquellas criaturas infortunadas cuando caen en la trampa. Tan pronto como la joven entra en una de esas tabernas, se le despoja de sus vestidos, de los que se apodera él o la regente del establecimiento. Se la viste con trajes rutilantes que han formado el vestuario de las mujeres ricas y que los ropavejeros proporcionan. Las residentes son informadas de que cuando no atraen más público a la casa, su amo las enviará a recorrer las calles, donde se les hace vigilar de tal manera que les es imposible escapar; si ella lo intenta, el espía, hombre o mujer, que la sigue la acusa de robar al amo de la casa los vestidos que lleva. Entonces el «policía» la detiene, algunas veces la lleva a su estación, pero más frecuentemente éste devuelve a la esclava fugitiva a su amo por lo cual recibe una recompensa. De vuelta a su infame residencia, la desdichada es cruelmente tratada. Despojada de todo vestido, es dejada todo el día, «enteramente desnuda» a fin de que no pueda escaparse, a menudo incluso es «privada del alimento». Llegada la noche, se le vuelve a poner sus ropas y se la envía a pasear las calles siempre vigilada por un espía; es severamente castigada si, en esas caminatas nocturnas, no lleva a la casa a un cierto número de hombres, y no puede apropiarse ni un centavo del dinero que recibe.

Las casas de prostitución están prohibidas en Inglaterra, pero es difícil probar su existencia. Aquellos que las frecuentan, contenidos por la vergüenza, no llevarían testimonio a la justicia; y la policía no pudiendo introducirse en esas casas sino cuando se cometen desórdenes, no sabría constatar el delito. Los vecinos solamente pueden hacerlas suprimir por los oficiales de la parroquia, acusándolas de crear problemas y alterar la tranquilidad del barrio.

Por lo demás, la prohibición de la ley es absurda; porque siendo la prostitución un resultado forzoso de la organización de las sociedades europeas, a disminuir más bien la intensidad de las causas que la provocan a reglamentar su uso es a lo que actualmente deben tender los gobiernos.

De los informes de 1827 y 1838, el comité de la Sociedad da cuenta de las pesquisas que ha dirigido contra los regentes de las casas de

prostitución y de los individuos que envician y corrompen a las muchachas; pero las penas incurridas por mantener esas casas, por desviar y pervertir a las muchachas de diez a quince años, no exceden «un año de prisión» y más corrientemente no se espera los seis meses. Ocurre incluso que los acusados son devueltos de la querella, teniendo en cuenta que esos muchachos de los «dos sexos, de diez a quince años», encontrados en una de esas casas «han consentido ya sea en ir allí o en quedarse». Tal es la legislación que protege a la familia del proletario. En cuanto a las muchachas de los ricos, constantemente bajo los ojos de personas que cuidan de ellas, son poco expuestas a estas seducciones.

La depravación está en tal forma extendida y el precio que se obtiene por las muchachas es tan elevado, que no hay astucia a la cual no se recurra para procurárselas. En 1838, el comité de la Sociedad llamó la atención del patriotismo, de la virtud, de la religión y de la humanidad sobre los esfuerzos desvergonzados que se hacían continuamente para alimentar el enviciamiento de nuevas víctimas. ¡Apenas se puede pasar por una calle sin encontrar alguna casa de depósito de este infame comercio! Numerosos agentes son empleados en captar, en atrapar de mil maneras a las inocentes jóvenes sin experiencia, y los arrabales, los bazares (mercados), los parques, los teatros, les proporcionan sin cesar nuevas presas. Vuestro comité tiene además pruebas, añade aquél, que le permiten afirmar que los regentes de las casas de perversión y sus agentes tienen también la costumbre de dirigirse a las casas de trabajo y a los establecimientos penitenciarios y que de allí obtienen muchachas frecuentemente. (Your committee have authority for stating, that the keepers of brothels and procurers, are frecuently in the habit of obtaining females from the workhouses and penitentiaries).

A pesar de la máscara de hipocresía que continúan manteniendo las gentes de las clases altas, con el propósito de hacer durar el fanatismo entre el pueblo, ellas apenas se han mostrado poco dispuestas a secundar los esfuerzos de la sociedad «para prevenir la prostitución de la juventud»; mientras que desde hace treinta y siete años que existe la Sociedad para «la supresión del vicio» que se dedica solamente a perseguir a personas, «no observantes del domingo o a los vendedores de publicaciones obscenas y a los adivinadores de la buena suerte», es de advertir que esta sociedad ha encontrado constantemente ayuda y apoyo en todas partes, porque se puede dormir bien el día domingo en los sermones de los reverendos, renunciar a las pinturas del Aretino y cuidar sus vicios. Además, suscribiendo por una sociedad que tiene la pretensión «de trabajar por la supresión del vicio» se adquiere la

reputación de «virtuoso», reputación a la cual el robert-macairisme inglés se atiene mucho.

El comité de la Sociedad para prevenir la prostitución de la juventud decía en mayo de 1838: «mientras que los miembros del comité perseguían la ejecución de las operaciones comenzadas, han debido luchar contra obstáculos de naturaleza poco ordinaria; estos obstáculos provienen de la apatía y de la indiferencia casi universal que reinan sobre el objeto de la Sociedad. Los miembros de vuestro comité han sido acogidos en su trayectoria por las burlas y el desprecio de un mundo profano e inmoral, por las censuras y desaprobaciones de aquellos que creen que el libertinaje «es necesario» para el bienestar de la sociedad, por la desatención desdeñosa y la negligencia de los hombres religiosos. Ellos no han encontrado en ninguna parte ayuda o aliento. Pero en medio de las repulsas despectivas e impías de aquellas gentes, de las pullas y de las risas de todos, han tenido el coraje de perseverar, sostenidos por la conciencia de la importancia de los objetivos que se perseguía fueran cumplidos, y por las simpatías y atenciones afectuosas de sus suscriptores.

La depravación inglesa no produce nada más odioso que esos monstruos de los dos sexos que recorren Inglaterra y Europa continental, tienden sus redes a la niñez, luego retornan a Londres a vender a esta virtuosa aristocracia, a aquellos enriquecidos del comercio, las muchachas que han arrebatado al afecto de sus padres, excitando insidiosas esperanzas a través de atroces mentiras, o de las cuales se han apoderado furtivamente por las redes que han tendido a las muchachas mismas. Algunos de estos agentes frecuentan las respetables clases de la sociedad inglesa. Aquellos, dedicados a los mercados de esclavos del west-end, a menudo son enviados a diversas ciudades y aldeas del continente, a Holanda, Bélgica, Francia e Italia. Estos tratan con los padres, comprometen a las muchachas en calidad de bordadoras, modistas, lenceras, músicas, damas de compañía, domésticas, etc., para evitar las sospechas. Llegan a veces hasta dar adelantos a los padres, y cuando se han procurado un cierto número de muchachas, regresan a Londres.

El comité de la Sociedad para prevenir la prostitución intentó, en 1837, demandas judiciales contra una francesa llamada Marie Aubrey, que fue obligada a abandonar su infame comercio y salvarse en Francia para escapar a algunos meses de prisión. «Su casa estaba situada en Seymour-place, Bryanstone-square. Este establecimiento tenía una gran reputación en el mundo elegante. Visitado por algunos de los extranjeros más distinguidos y del gran mundo del west-end, estaba construido con un lujo que rivalizaba con las más ricas y las más

nobles familias. La casa tenía doce o catorce piezas, independientemente de aquellas consagradas a los usos domésticos. Cada una de estas piezas estaba amoblada con un gusto exquisito y con todo lo que existía de más a la moda. El salón, muy amplio, estaba elegantemente adornado. Una profusión de lienzos, entre los cuales se encontraban pinturas de gran precio, decoraban sus muros. En una palabra, el mobiliario de esta casa era extremadamente rico. Marie Aubrey tenía para el uso de los altos personajes que recibía, un servicio de piezas de platería y vajilla de plata de un gusto exquisito. En el momento en que las acciones contra ella fueron comenzadas, había en su casa doce o catorce jóvenes de Francia y de Italia. Marie Aubrey tenía un médico adjunto a su establecimiento, que vivía en la vecindad al que ella empleaba también como su agente. Ella lo enviaba frecuentemente a Francia, a Italia, y cuando él estaba en Londres, él visitaba las aldeas de los alrededores en busca de muchachas jóvenes. Marie Aubrey vivió muchos años en esta casa, donde amasó una fortuna considerable. Luego de su partida, el personal fue despedido y se vendió el mobiliario. Cuando ella recibía una nueva importación de muchachas, enviaba una circular a los señores que tenían el hábito de visitar su establecimiento.

«Hay actualmente en la metrópoli un gran número de jóvenes mujeres de Francia, de Italia y de otras partes del continente. Muchas de ellas han sido separadas de su familia e introducidas en la senda de la iniquidad por Marie Aubrey y sus infames agentes. Vuestro comité conoce un número considerable de casas de esta especie en el west-end cuyas circulares están en mi poder. Ellas siguen en todo el mismo plan de Marie Aubrey, y por medio de las direcciones que presenta «guide de la cour», ellas envían anuncios de todo género relativos a sus establecimientos a todos sin distinción (nobility and gentry).

Vuestro comité desea exponer en esta asamblea los medios empleados por los agentes de esas casas. Tan pronto como llegan a ciudades del continente, se informan de las familias donde se encuentran las señoritas que buscan colocarse en posiciones respetables, luego se introducen en esas familias y por medio de bellas promesas, inducen a los padres a consentir que sus hijas les acompañen a Londres, donde está convenido que deben ser colocadas en calidad de bordadoras, modistas, floristas o de tal otra profesión de mujeres. Una suma de dinero es dejada a los padres, como garantía para la ejecución del compromiso. Algunas veces está aún estipulado que una parte determinada de los salarios de sus hijas les será enviada todos los trimestres. Y mientras ellas se quedan en el establecimiento que les ha hecho venir, la parte de los salarios prometida es exactamente enviada a los padres, que sin sospechar reciben así

los socorros de la prostitución de sus hijas. Cuando ellas dejan la casa, se escribe cartas a sus padres para informarles que sus hijas han dejado su oficio. En consecuencia, las remesas de dinero cesan, pero no se olvida de decirles que están muy contentas de haber encontrado otra posición no menos respetable para sus hijas y que están muy bien».

La profunda corrupción de las clases ricas, los altos precios que pagan, protegen y fomentan este infame comercio. Talbot dice: «en los serrallos del west-end, las esclavas de las nuevas importaciones se pagan de veinte a cien libras esterlinas. Y si se reflexiona en el lujo de esas casas, en la enormidad de sus gastos, en los gastos del viaje de sus agentes, se concebirá que ese precio no es exagerado. Cuando esas jóvenes, conocidas por todos los concurrentes asiduos no excitan más su capricho se las pasa a un establecimiento de segundo orden, y al cabo de un año o dieciocho meses, las desgraciadas mueren en algún hospital o son abandonadas a su suerte en las calles».

La demanda de estas muchachas es tan considerable, que por todas partes, las redes son echadas para atraparlas y sorprenderlas en falta por aquellos que las vigilan. Las mujeres, dice M. Ryan, acechan en las agencias de los coches públicos a las jóvenes que vienen a Londres para colocarse y les ofrecen un alojamiento. Otras se presentan en las casas de trabajo y en los hospicios bajo el pretexto de alquilar sirvientas y obtienen a menudo que se les confíe las muchachas. Estas mujeres están bien vestidas y se imponen por su tono. En los mercados mantienen conversación con las muchachas de las tiendas, frecuentan los establecimientos de moda y todos los talleres de mujeres, atrayendo a sus casas por mil astucias a las jóvenes aprendices. Aquellos que las emplean las hacen viajar y van hasta a ochenta millas de Londres en busca de víctimas.

Talbot dice «que entre las formas, que emplean aquellas infames casas para llenar los vacíos frecuentes que la enfermedad y la muerte ocasionan en el establecimiento, y para subvenir el crecimiento de las demandas, está el hacer recorrer las calles por jóvenes de dieciocho años para engañar con lisonjas a las muchachas que encuentran. Les proponen venir con ellas a ver un pariente, dar un paseo agradable, asistir a cualquier cosa interesante, les invitan a un teatro o les ofrecen un buen empleo. Ellas cumplen este oficio a pleno día y también por la noche, y recurren a los artificios más sutiles para determinar a las muchachas a seguirlas. El domingo es el día que estos miserables escogen como predilecto. Acechan a las muchachas a las salidas de los colegios dominicales y las atraen a sus guaridas. ¡Creo aún poder afirmar que las muchachas han sido sacadas del mismo colegio, a la vista de sus profesores y de sus camaradas que no tenían ninguna idea que un sistema tan exe-

crable fuera puesto en ejecución! Tan pronto como están en posesión de las muchachas, ellas son «vendidas» y su «ruina» es efectuada a menudo por algunos de aquellos viejos pervertidos de cabeza blanca que dan por ellas premios enormes». Talbot cuenta numerosos hechos, llegados a su conocimiento, de niñas de diez a once años que son violadas en malos lugares. Estos crímenes se cometen habitualmente y son tan poco reprimidos, que los amos de aquellos establecimientos, dice siempre Talbot, pasan alrededor de los mercados con los cocheros y éstos les llevan a «tanto por cabeza» muchachas del campo de diez a catorce años que han comprometido bajo diversos pretextos a venir a Londres. Estos cocheros han sido llevados a menudo hasta los magistrados de la policía por crímenes de ese género; pero por la imperfección de la ley, cuando son castigados no es sino con una pena ligera.

«De los testimonios que tengo en mi posesión, dice Talbot, resulta que hay un gran número de dueños de casas malas que atraen muchachos a ellas. Es un hecho constante y pienso ser exacto evaluando que, sobre cinco mil establecimientos, dos mil fomentan el libertinaje de los muchachos.

«Sunt lupinaria nunc inter nos, in quibus utuntur pueri vel pulleae». Talbot me indicó los lugares, dice el doctor Ryan; pero no puedo permitirme el publicarlos.

«Los muchachos de los dos sexos que están en estas infames y horribles guaridas han sido tomados en su mayor parte cuando miraban las vitrinas de las tiendas con pinturas indecentes y han gastado hasta diez libras esterlinas para convertirse en amo de un joven».

No pudiendo la policía introducirse en una casa cualquiera a menos que los gritos y el ruido no proclamen los desórdenes hasta afuera, resulta que con la excepción de estos establecimientos, interesados en fundar su reputación en el mundo elegante, la mayor parte de las casas de perversión tienen un acceso peligroso. Ellos ofrecen refugio a rateros y ladrones de toda especie. Los encubridores son frecuentemente llevados frente al magistrado por querellas, desórdenes y bajo la acusación de robo. En esas guaridas, los ladrones vienen a esconderse y comparten los robos obtenidos por la depredación. Los encubridores trafican con los objetos robados y vienen en ayuda de los ladrones cuando estos son detenidos. Entonces dan dinero para trastornar el curso de la justicia y tienen éxito a menudo en hacerlos absolver. Las prostitutas tienen casi todas por sostenedores a los industriales que frecuentan esas casas. Los ladrones pasan allí la noche y a la menor señal están prestos a precipitarse sobre la víctima para despojarla y hasta asesinarla.

El doctor Ryan habla de un barrio de Londres llamado Fleet-Ditch, donde casi todas las casas son guaridas espantosas. Un acueducto de

anchas dimensiones lo atraviesa y descarga muy lejos, en el Támesis. Asesinos y bandidos de toda especie que habitan estas casas arrojan los cadáveres de sus víctimas a este acueducto, sin correr el menor riesgo de ser descubiertos. Se me ha asegurado, añade el doctor Ryan, que dos individuos de gran influencia en la ciudad de Londres, que poseen dos casas en los alrededores de ese barrio, valiendo cada una apenas treinta libras esterlinas por año, las alquilan a dos libras esterlinas por semana «como casas malas del último rango». Y las rentas de las casas del lugar varían de 100 libras esterlinas a 500 por año, sin incluir la prima de entrada de 100 a 300 libras esterlinas exigida para el consentimiento del propietario a un establecimiento de primer orden. Y el doctor Ryan cuenta la historia de dos caballeros que se habían dejado atraer para pasar la noche en una casa mala situada en un infame square, y que tuvieron en la mañana que sostener una dura lucha contra los sostenedores de sus sirenas.

Independientemente de las casas de perversión que se encuentran en todas las calles de Londres, donde las prostitutas llevan a los hombres a los que han echado guante y en las que habitan buena cantidad de ellas, existen en ciertos barrios las Lodginghouses casas de alojamiento, regentadas por encubridores, donde se refugian ladrones de toda especie. Un buen número de estas casas contienen cincuenta camas ocupadas por personas de los dos sexos. En algunas de estas casas se reciben sólo a los ladrones muy jóvenes, a fin de que no sean maltratados por los más fuertes. No teniendo estos jóvenes menos maña, astucia y conocimiento del oficio que cualquier ladrón, el regente desea sacar el máximo provecho posible de todos sus robos y no admite en su casa a los hombres para los cuales los muchachos trabajan. Las mujeres tampoco quedan excluidas, para hablar más exactamente las muchachas de diez a quince años, porque es raro que la compañera del ladrón llegue a la edad de mujer. Estas muchachas son admitidas como «amantes de los muchachos» que las llevan. Las escenas de depravación que ocurren en estas guaridas, dice el doctor Ryan, son indescriptibles y serían increíbles si se les describiera.

Casi todos los muchachos de doce a quince años enviados a las prisiones han tenido relaciones con las prostitutas y son visitados diariamente por sus amantes quienes dicen ser sus hermanas. Talbot evalúa que hay en Londres trece mil a catorce mil prostitutas jóvenes, prostitutas de diez a trece años, que se renuevan sin cesar. Dice que el hospital de Guy ha tenido en el lapso de ocho años a dos mil setecientos pacientes por enfermedades venéreas, de diez a quince años de edad, y que un número bastante mayor de muchachos de esa misma edad habían sido rechazados por falta de lugar para recibirlos. He visto, añade Talbot, hasta

treinta casos en un día, despachados por no poder ser atendidos aunque estuviesen en un estado tan lastimoso que apenas podían caminar.

El doctor Ryan dice también que un gran número de solicitudes de ingreso al hospital son dirigidas diariamente al Metropolitain free hospital por muchachas de doce a dieciséis años afectadas por enfermedades sifilíticas. A menudo me he asombrado, continúa el doctor Ryan, en los hospicios y otros lugares de caridad pública a los cuales he asistido como médico, del gran número de jóvenes que se presentaban para consultar sobre las enfermedades venéreas.

Existen en Londres cinco instituciones para ir en socorro de las prostitutas que deseen de dejar su horrible carrera. Pero los esfuerzos de estas sociedades son en general demasiado mal dirigidos y sus medios demasiado restringidos para poder efectuar el bien. El número total de prostitutas, a las cuales los cinco asilos les ofrecen anualmente refugio, no excede de quinientos. ¡Es solamente a quinientas de estas desdichadas que las cinco sociedades vienen a ayudar y le proporcionan una colocación más honrada! La única sociedad que ataca a la depravación en su origen es aquella para prevenir la prostitución de la niñez. Esta sociedad se sirve activamente de las leyes existentes pero así y todo, con todo su celo, no puede sino débilmente limitar el crimen, tanto como resultado de la insuficiencia, de la asistencia que recibe, como por la legislación. Así el regente de una casa de perversión que ha capturado y pervertido a menores para entregarlos a la depravación, quedará libre si es detenido, después de ocho o diez días de prisión; mientras que una mujer del pueblo o cualquier otro individuo detenido vendiendo frutas o cualquier otra cosa sobre la vereda será castigado por una prisión de treinta días. Mientras que el simple encarcelamiento de algunos días para el regente de la casa de perversión, no es sino una pena ligera; es indiferente a todo sentimiento de vergüenza; sus asociados no tienen para él menos consideraciones y encuentra al contrario simpatía entre ellos: hacen gestiones para acortar su detención y vienen a hacerle compañía para endulzar el tedio. Mientras que para las muchachas virtuosas (culpables solamente de una violación de la ley) treinta días de prisión son casi inevitablemente su ruina completa. Pero qué importa el hijo del proletario, su mujer o su hija. El tendero está interesado en que no se venda nada sobre la vía pública. El tendero, el regente de la casa de perversión tienen derechos políticos, son electores, jurados, y el proletario, su mujer y sus hijos caen casi siempre a cargo de las parroquias. Evidentemente la demanda anual de ocho a diez mil menores por la lujuria de los ricos, entran en el sistema de Malthus para la disminución de la población, y bajo este punto de vista el regente de la casa de perversión es un hombre de respetabilidad, un hombre útil al país. ◆

Infancia

Asilos

Los grandes descubrimientos están siempre proporcionados a las necesidades de la época. Por todas partes la historia nos revela esta verdad. La mano de Dios se deja ver en el establecimiento de las salas de asilo; y estoy convencida que es de todas las instituciones recientes la más fecunda en resultados, aquella que responde mejor a las necesidades de Europa y del mundo entero. Por el sistema seguido en las salas de asilo, la educación, que comienza en cierta forma con la vida es tan superior a aquella que el niño no importa de qué clase, pueda recibir en su familia y esta primera educación tiene una influencia tal sobre aquellos que la reciben, que los niños del proletario enviados desde la edad de dos años a la sala de asilo aventajarán indudablemente a aquellos de los ricos que continuarán siendo educados en casa.

En las salas de asilo la ley de la reciprocidad y el respeto por lo que está para uso de todos se inculca en el corazón del niño. Las distinciones sociales se borran a sus ojos y no distingue sino a los instructores. La necesidad que hay de que se dé cuenta de lo que sabe, de enseñar lo que ha aprendido, le hace adquirir una gran facilidad para expresar sus pensamientos. Se habitúa a la asociación, a comparar las cosas con sus resultados, a los hombres con lo que ellos saben, y adquiere una gran justeza en el juicio. Llegado a la escuela primaria, la educación del niño continuada según el mismo método, podría permitirle saber, a los dieciséis años, leer, escribir, la aritmética, el dibujo lineal, la geometría descriptiva y, además, la práctica de la mayoría de los procedimientos usados en las artes mecánicas, o en la agricultura, de suerte que no sería condenado, como lo ha sido su padre, a la repetición durante toda su vida de la misma tarea para ganar su pan. Este método puede aplicarse con igual éxito, a la adquisición de todas las ciencias, porque nosotros no aprendemos nada tan bien como aquello que estamos obligados a enseñar a los otros. Educados así, los hombres trabajarían en grandes asociaciones, porque hallarían placer y facilidad en la ejecución del trabajo.

Tomado de Promenades dans Londres. París: H.L. Delloye, 1840. Versión en castellano: Paseos en Londres, Capítulo XVIII. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1972.

Si los niños fuesen, desde la edad de dos años, enviados a las instituciones públicas, la necesidad del orden se haría sentir menos; la mujer, por la naturaleza de la educación que hubiera recibido, podría también, como el hombre, proveer a su subsistencia con su trabajo y este estado de cosas nos llevaría hacia la organización falansteriana. En 1440, mientras que se hacían en Strasburgo los primeros ensayos de imprenta, la predicción del imperio que, cuatrocientos años después, debía ejercer esta invención renovadora, no habría encontrado sino incrédulos.

Cuando se observa la suerte de los niños de todas las clases, se sorprende uno de que las salas de asilo no hayan sido inventadas sino hoy día, y que no se establezcan más rápido, en número correspondiente a las necesidades de la población. Los proletarios, obligados a un trabajo diario para alimentar a su familia, no pueden vigilar a sus niños; cuando estos son muy pequeños, se les encierra o se paga a alguien para que los cuide, y, cuando tienen más edad, se les deja vagabundear por las calles. Encerrados solos, en habitaciones estrechas, húmedas, privadas de aire y de calor, si los muchachos sobreviven a las enfermedades y los accidentes, son débiles, achacosos, a menudo quedan lisiados para el resto de su vida. En las calles, los peligros que amenazan su existencia son más numerosos todavía y casi siempre en medio de esta cloaca de vicios que encierran las grandes urbes, los niños son pervertidos y dirigidos al robo, antes de haber podido trabajar.

Además, si se considera los numerosos accidentes que comprometen los medios de existencia del proletariado, la disminución de salarios y la ausencia de trabajo el sobre-enriquecimiento de los arrendadores y el alza de las subsistencias, las enfermedades y el crecimiento de su familia, quedará uno convencido que haría falta que tuviera un raro amor al trabajo, una sobriedad y una economía poco comunes, mucho de suerte y de fuerza de ánimo, para no ser nunca presa de la miseria. Mientras tanto ¿en qué se convierten los niños hijos del obrero entre las horribles tribulaciones que lo asedian?

Por la noche, el padre y la madre regresan de su jornada, fatigados con exceso, amargados por las contrariedades y con el espíritu atormentado por la inquietud. ¡Ah! Las escenas que pasan dentro de esas casas, son suficientes para embrutecer al niño nacido más afortunadamente. A menudo golpeado, porque caerá y habrá roto sus vestidos o dejado comer su almuerzo por el perro, el desdichado niño, injuriado y brutalizado sin cesar, se vuelve disimulado, mentiroso y alimenta un odio sordo contra el padre y la madre. De otro lado la estrechez extrema de dinero de los padres, los deseos de gastos en que se habrán comprometido para aturdirse de los males que sufren, apagarán en su

corazón todo sentimiento afectuoso; ellos tomarán aversión por los niños que les imponen continuas privaciones, los abandonarán al vagabundeo, y llevarán al recién nacido al hospicio.

Estableced la sala de asilo, y, como por encanto, cambiaréis al niño y la economía del obrero. Habrá ante todo alivio en la inquietud y miseria; el niño sale desde la mañana del domicilio paterno y es bien acogido en el lugar donde, bajo la dirección de una persona afable que se interese en él, pasa el día en medio de los camaradas de su edad, en una sucesión no interrumpida de entretenimientos; ahí su atención es cautivada por las demostraciones; después él canta en coro, marcha en procesión, reciben lecciones de los más instruídos, que las dan a aquellos que son menos, y goza de toda importancia que adquiere como miembro de la escuela. Se dirige todos los días a la asociación, ejerce sus facultades para llenar allí un rol más elevado, aprende a conocerse, a apreciar a los otros y toma el hábito de respetar a los demás a fin de poder exigir respeto. Él goza de buena salud, porque los juegos gimnásticos desarrollan sus fuerzas y su agilidad, se convierte en una persona limpia, reservada, y puede dar el motivo de cada una de sus acciones.

De regreso a su casa, al final del día, este niño, es visto con placer por sus padres. Nos les ha dado ningún disgusto, ni tomado un minuto de su tiempo; satisfechos de su buen cuidado, le interrogan mientras cenan en la noche y cada vez se sorprenden más por la exactitud y los progresos de la razón del niño. Viendo como su conducta es regular, ellos estarán obligados a reflexionar sobre la suya y no querrán exponerse al desprecio del niño, al verlo brillar en la estima pública, y para merecerla ellos también se aplicarán a reformarse. Ellos apreciarán la ventaja de la educación, irán a menudo a la sala de asilo para asistir a los ejercicios de los niños, y el maravilloso espectáculo del desarrollo moral de la escuela infantil mejorará la moral de los padres.

Si se lleva la observancia sobre esta parte de la población que vive en la comodidad por el ejercicio de una profesión, clase en la cual sin duda se encuentra más de instrucción y habilidad que en las clases de la opulencia ociosa, se reconocerá que los niños de esta clase no reclaman menos que aquellos de los proletarios, la educación de las salas de asilo.

La mayor parte de los moralistas se han pronunciado por la educación pública, porque les ha sido demostrado que la enseñanza tiene más de poder en acción que en precepto, que las lecciones prácticas que los escolares se dan entre ellos tiene más influencia sobre el desarrollo moral e intelectual de los niños que no podrán tener los más hábiles maestros. Si se reflexiona en la infalibilidad, en el irresistible im-

pulso que la educación mutua recibe de la clasificación de los niños, del grado extremo de emulación que excita la realización diaria de los progresos efectuados; si, de otro lado, se considera cuán profundas son las primeras impresiones y qué cantidad de causas corruptoras rodean a los niños en la casa paterna, no se podrá explicar la repugnancia de la clase media, no se concebirá por qué no acepta la educación de las salas de asilo para sus niños y los deshereda así de las ventajas sociales que, en definitiva, son la razón de las superioridades.

De los diversos sistemas de educación que han estado más o menos en boga en los tiempos modernos, la única verdad que ha tomado la difusión de un imperio universal es la ventaja que presenta la educación pública sobre la de la familia. Jenofonte, Plutarco, Montaigne, están plenos de observaciones tan exactas, que parece inconcebible que no se nos haya hecho llegar más temprano a la educación verdadera, completa y única eficaz, a la cual se guía por las indicaciones de la naturaleza, que toma al hombre en la cuna y lo conduce hasta la pubertad. Rousseau no debió su influencia más que a la verdad de las ideas que tomó; desgraciadamente no supo utilizarla y no hizo progresar la primera de las ciencias sociales: su extravagante sistema alla los prejuicios más falsos de la sociedad a las revelaciones de la naturaleza. La moda, lo ha hecho vigente por algunos años, pero está bien muerto y si se exhumara algunas páginas, sería únicamente para señalar de nuevo las absurdidades a las cuales daba curso. Después de Rousseau, el público ha intentado numerosos planes de educación y nuevos métodos de enseñanza, acogidos o rechazados sin examen según las personas que los apoyan. Actualmente los pequeños seminarios y los conventos luchan contra las instituciones del gobierno. Las personas que se ocupan de la marcha social no tienen sobre esta inmensa cuestión una opinión fija; cada uno se ha hecho su pequeño sistema. La anarquía en las ideas sobre la educación subsiste todavía, y la gente, como de costumbre, obedece al impulso que recibe.

Vivimos en una época en la que el pensamiento político preocupa universalmente; la filosofía, la educación, la religión, hasta las modas, todo está coloreado. En las familias hay sobre cada cosa tantas maneras de ver como individuos. ¿En qué se convierten los niños en esta confusión de ideas, de deseos, de caprichos, de pasiones? Existe hoy día tan poca unión en las familias, que los esposos parecen dominados por el deseo de ser en todo del parecer contrario: la palabra del padre es invariablemente desmentida por la madre. Luego son los abuelos que vienen a deslizar sus rancias ideas en las orejas de los niños; los amigos que ven las cosas desde el punto de vista de su posición social, y que seguros de estar en lo cierto, imponen también sus opiniones;

finalmente son todavía las nodrizas, las amas, las domésticas, cuyas ideas y acciones impresionan a los niños. ¿Cómo estas jóvenes inteligencias podrían discernir en el caos inexplicable alrededor de ellas? ¿No es evidente que en medio de las contradicciones que se entrechocan, el juicio privado de base, de punto de partida, no puede manifestarse entre los niños sino por las inconsecuencias; que, necesariamente, ellos deben ser discutidores y voluntariosos; que su carácter debe estar agriado, porque ellos tienen frecuentemente que sufrir las voluntades no motivadas; que en fin no podrían tener ideas justas sobre nada, porque no reciben ninguna noción de la verdad? Las personas de las cuales están rodeadas hablan sobre las mismas cosas en formas diversas; ellos no ven por todas partes sino voluntades individuales y aspiran el egoísmo por todos los poros.

No puede esperarse un buen ciudadano de un niño educado de este modo, él será esclavo de las pasiones, de los prejuicios, de los hombres y de todas las cosas. No se elevará por encima del mediocre, o descenderá al nivel de los facinerosos por el curso desenfrenado de sus vicios: para que crezca distinto, sería preciso que facultades extraordinarias le hubieran hecho sobrepasar los obstáculos que se oponían al desarrollo racional de su inteligencia.

Si ahora dirigimos nuestras observaciones sobre esta parte de la población que la fortuna hace vivir en el lujo, reconocemos que no existe niño que sufra más y cuya moral y físico se deteriora tanto por la vida de familia como el niño del rico. La Providencia puede salvar al del pobre de los peligros del vagabundo y a veces vemos surgir del seno de la miseria a los hombres que honran la humanidad. Los niños de la clase media están casi siempre bajo los ojos de sus padres, reciben continuas muestras de afecto y en ellos, las cualidades del corazón pueden desarrollarse no obstante los defectos del espíritu y los vicios el carácter; pero entre los ricos, las cosas ocurren de otra manera. Hay certeza para que los niños se perviertan y ninguna opción para que adquieran una cualidad. Son las nodrizas, los preceptores, las domésticas quienes los educan. Todos estos esclavos buscan complacer a los pequeños seres, cuyos llantos tienen a menudo el poder de hacerlos despedir. Previenen todos sus deseos, ceden en todo, se ingenian incluso para crearles necesidades facticias; y estas desgraciadas pequeñas criaturas, arrulladas en la ociosidad, engreídas por la adulación, henchidas de orgullo, contraen todos los defectos de los tiranos, todos los hábitos del despotismo; son exigentes, coléricos e incapaces de resistir a la menor fantasía. Los padres los ven raramente y según el humor del día los reprenden, los castigan sin razón o les prodigan recompensas no merecidas. Las domésti-

cas, temiendo los informes de los niños, los adiestran en la mentira, y cuando los pequeños déspotas están descontentos, inventan ellos mismos la calumnia, imputan a los sirvientes que los han molestado las faltas por las que ellos temen por encima de todo ser motivo de sospecha. ¡Todo es deletéreo en la atmósfera que respira el niño del rico! La hipocresía se ofrece sin cesar a sus ojos, es la máscara que llevan los domésticos en presencia de sus padres, esas son las dos fisonomías que alternadamente toman los padres mismos, según estén en familia o frente a los extraños. Escuchan también dos lenguajes: el de la bajeza y de la insolencia. Su aya, para cautivar su atención, le relata mil cuentos absurdos. En su casa, todo el mundo está a sus pies. Si se enfada o quiere llorar, inmediatamente cada uno se pone en acción y se inquieta por calmarlo; cuando él sale es saludado con deferencia por todos aquellos que lo conocen. Se le corteja y se le manifiesta orgullo de acogerlo; que es el medio para que el niño se sienta un personaje y toma las maneras duras y altaneras de sus padres. Las afecciones tiernas no han podido crecer en su corazón, la vanidad es el sólo acceso. Su orgullo susceptible exige cada día más de aquellos que lo rodean. La huella de la naturaleza está completamente borrada, se busca en vano al niño en esta marioneta vestida de ricos trajes. Si es el hijo de un Lord, de un hombre que habita un palacio con numerosos sirvientes, no sale sino en carro, y saludan muy humildemente todos los tenderos del barrio.

La salud de este niño no ha experimentado las menores alteraciones por el exceso de alimento y por la demasía de precauciones que se usa para resguardarlo del frío, del calor, de la lluvia, del aire y de toda especie de fatiga. Bajo la influencia de este régimen, su constitución se debilita, y, llegado a la edad de ir al colegio está sin fuerzas físicas y morales. Transportado a este mundo nuevo, no será sino con pena que él se acostumbrará a la regla de la casa, al espíritu de igualdad de sus camaradas; se quejará a sus padres, que renovarán las recomendaciones a los maestros; estas recomendaciones no serán infructuosas: este niño tendrá toda indulgencia, será siempre excusado y jamás contrariado; algún escolar pobre e inteligente a quien él le pagará los pasteles, le hará su tema. Vendrá el domingo a ver a sus padres con buenas notas, tendrá a menudo la cruz y a fin de año se le dará premios. Al cabo de siete u ocho años, saldrá del colegio, ignorante como ha entrado, con nuevos vicios y sin haber aprendido nada.

¡Ah! No temo deslizar un sofisma afirmando que el hijo del rico tiene tanta necesidad de ser sustraído a las influencias de las cosas y de las personas en medio de las cuales vive como el niño del pobre a las influencias de la calle y a la brutalidad de sus padres.

En la sala de asilo, la educación es igual para todos. El niño más indócil, el más inestable sigue el movimiento que se le imprime, la falta de inteligencia en este caso no podría impedirlo. El niño al mismo nivel con los alumnos de su división, y la lección es la consecuencia inmediata del progreso que cada uno de los alumnos ha hecho. No recibe allí sino nociones justas, aprende a vivir en asociación, a ejecutar con placer su porción de tarea común, a no respetar, a no reconocer por verdadera sino a la aristocracia de la inteligencia y del talento. Se deja conducir sin resistencia por el hijo del pobre, si este es su monitor y prima sobre él en la jerarquía intelectual.

En tiempos de la tiranía, los altos valles de Vosges protegían, en sus retiros inaccesibles, a los intrépidos protestantes que habían abandonado sus campos a la expoliación para conservar la libertad del alma. Estos lugares no ofrecían alimentos sino a la cabra y a la gamuza: vivieron, ellos y sus descendientes, la vida del salvaje. En 1767, Oberlin, pastor de la iglesia protestante llegó al medio de esta población: este hombre tenía esa potente energía que da un gran amor por sus semejantes. Dominó, por sus trabajos, la esterilidad del suelo, estableció escuelas, hizo aprender oficios y el bienestar sucedió a la miseria. Como los padres, ocupados en los oficios o en los campos, no podían velar sobre sus hijos, Oberlin tuvo la inspiración de reunirlos en cámaras espaciosas, e hizo elección de conductoras que tomó a su cargo, así como su mujer, de formarlas: tal fue el origen de las salas de asilo. Los procedimientos de Oberlin, para la educación de la infancia, fueron imitados y perfeccionados en Suiza. Robert Owen, preocupado por la idea de la educación, dice que para ser eficaz debe comenzar desde la cuna y que debe proponerse como objetivo el preparar a los niños para la asociación a las cuales están destinadas a formar parte, fundó en 1816 su «infant school» en New-Lanark en Escocia. Pero no fue sino en 1827 y 1828, cuando esta institución había ya tomado raíz en Alemania, que Francia e Inglaterra quisieron adoptarla.

Owen, en su «infant school», sigue las indicaciones de la naturaleza, la instrucción que él da es proporcionada al grado de inteligencia, y hace uso del método Lancasteriano. Las explicaciones sucesivas de las cosas, los ejercicios de juicio, el aprendizaje gradual de los procedimientos de las artes y de la gimnasia, desarrollan a la vez, todas las facultades intelectuales, el amor racional al prójimo, la habilidad y las fuerzas corporales. Owen no admite la instrucción religiosa, funda su moral sobre la reciprocidad. Tuvo razón en decirme que no existía en Londres «infant-school» dirigido según el orden de ideas que él había seguido en la formación de la suya.

Cuando en Inglaterra era cuestión de imitar el ejemplo de Alemania, de establecer asilos para la niñez, Owen, consultado por Lord Brougham, le dijo que no admitía en su «infant-school» sino las ideas abstractas que no pasaban el alcance de la infancia, que las ideas susceptibles de ser explicadas por objetos sensibles; que él no conocía creencias religiosas, apropiadas a la inteligencia infantil; que los niños tienen, como todo lo que existe, el goce y el sufrimiento común por móviles, y son tan capaces como los hombres de comprender que su interés no puede jamás ser de aislarse de la observación de las reglas a las cuales obliga la reciprocidad; que él consideraba los dogmas del pecado original, del infierno y del paraíso, etc., como de naturaleza de crear ideas falsas sobre lo justo e injusto, de volver al espíritu disputador y hacer nacer prejuicios odiosos contra aquellos de otra opinión religiosa. Lord Brougham objetó a la introducción de este sistema el imperio que ejercen todavía las creencias religiosas. Las salas de asilo conocidas bajo las denominaciones de «National school» y de «British and foreign school», que el sabio lord ha favorecido con su patrocinio, admiten a muchachos de todas las comuniones, sin buscar inculcarles la doctrina particular de ninguna religión. Pero sin embargo se han dejado imponer por el fanatismo la lectura de la biblia; la lectura de la biblia a niños de dieciocho meses a siete años! Los convertidos de Otaíti y de la Nueva Zelandia no harían mejor.

Las escuelas y salas de asilo para la infancia prosperaban desde hace varios años en Suiza y en diferentes reinos de Alemania, cuando la opinión se ocupó de ellos en Inglaterra; porque, bajo la relación intelectual, Alemania está bastante adelante de Inglaterra. Después de un largo tiempo las controversias religiosas no excitan más el interés, y la inteligencia ha dejado miles de interpretaciones de la biblia para elevarse en el universo del pensamiento a alturas desconocidas hasta ahora. La institución de las salas de asilo, el método de conducir a la infancia, acogidas como necesidades, no han provocado disputas ni argumentaciones teológicas.

En los estados austríacos, todo el mundo está obligado a enviar a sus niños a las escuelas: esta exigencia del gobierno no es sino el cumplimiento del más imperioso de sus deberes; porque la sociedad está interesada en que cada uno de sus miembros reciba una educación en relación con la organización social.

Impresionada por la importancia de las salas de asilo, estaba yo muy empeñada en visitar los lugares donde los niños pobres encuentran refugio e instrucción. Hay todavía tan pocas verdaderas salas de asilo en Londres, que pedí a quince o veinte personas que me las indicaran, sin que ninguno supiera lo que yo quería decir. Finalmente

me dirigí al mismo fundador de las salas de asilo, el respetable señor Owen, que yo había tenido la ventaja de conocer durante su estadía en París en 1837. «¡Ay!, -me respondió Owen-, no conozco en Londres una sola sala de asilo que sea en realidad una escuela para la infancia. Hay numerosas escuelas sostenidas por la caridad pública, pero ninguna ha sido establecida según mis principios». Esta respuesta tenía valor en boca de Owen, y me sorprendió. ¡No hay sala de asilo en Londres, la ciudad monstruo! ¿Pero dónde van los niños, cuyos padres trabajan durante el día? ¿Dónde van estos desgraciados niños, con los pies desnudos, apenas vestidos, por lo tanto a refugiarse durante un largo día de frío, de lluvia o de niebla? ¿Quién les enseña entonces la lectura, el cálculo, el dibujo lineal, les enseña la limpieza, el orden, la unión, quién les enseña esta multitud de cosas con las cuales la infancia se instruye jugando? Nadie. Londres no posee todavía lo que se puede llamar las salas de asilo, y los «infant-school» cuyo número es por otra parte muy insuficiente, están lejos de tener lugar. Esto explica por qué durante el verano entre las cinco y ocho horas, se ve tantos niños en las calles, particularmente en los barrios populosos. En estas horas, estando terminados los trabajos del día, y las calles menos colmadas de coches, se deja a los pequeños desgraciados salir de sus tugurios para tomar aire. En Londres, las familias pobres habitan el sótano o el desván de las casas. A menudo una misma pieza contiene al padre, la madre y siete u ocho niños: ¡qué aire tan insalubre debe reinar en esas moradas! El rostro de los niños es un testimonio. Nada más raquítico, más cadavérico que estos pequeños seres. La extremada delgadez, la tez muy pálida, los ojos melancólicos unido a la excesiva suciedad y a los andrajos que los cubren, ofrecen el espectáculo más digno de compasión. Siempre he habitado de preferencia en los barrios populosos; así, cada tarde, me encontraba yo en medio de estos niños, que veía salir de las casas, como las hormigas de los hormigueros; cuando las calles eran estrechas, sentía a menudo un olor infecto que se exhalaba de esta masa de niños. En invierno, no hay hora limitada en la cual puedan ser dejados en la calle y no sé adónde podrían ir a respirar: ¡pobre pueblo que no se cuenta para nada, con qué inhumanidad se te trata! La aristocracia que tiene, para tomar aire, sus magníficos parques, sus vastas tierras y todo el continente, donde va a gastar el dinero que le gana al pueblo; esta aristocracia, cuyos hoteles, suntuosos palacios, residencias para algunos meses, ocupan los más bellos barrios, se reserva todavía para ella sola todas las numerosas plazas públicas que decoran esos barrios. ¡Mientras que el niño del pobre, faltándole aire y espacio, vaga como un perro inflado de hidropesía, en un sótano húmedo o un miserable granero!

Iba a abandonar Londres sin haber podido descubrir una sala de asilo, cuando un día, hablando con fuego de la inutilidad de mis búsquedas, un tory que se encontraba presente me dijo: os engañáis, señora, Londres posee varias salas de asilo absolutamente parecidas a las vuestras, y si lo deseáis, voy a daros la dirección de dos o tres. Yo acepté con apresuramiento y me transporté al instante mismo. Una de las direcciones indicaba «Palmers village Westminster», es decir al extremo del arrabal de Westminster, a más de tres leguas del centro de la ciudad. Esta sala de asilo era tan poco conocida, que estuvimos obligados a emplear un guía, y, aunque este joven habitaba el barrio no fue sino después de haber preguntado veinte veces que vino a llevamos al asilo: al fin llegamos. Nos fue necesario atravesar una especie de patio, luego entramos en una pequeña pieza, baja de techo, mal embaldosada, amoblada con una vieja mesa y dos o tres bancos. Allí estaban los niños de corta edad; había una docena de pequeñuelos tan sucios en sus personas y tan andrajosos que hacía mal el verlos. De esta pieza pasamos a una habitación más grande, pero también demasiado baja; había ahí cincuenta y dos niños de tres a seis años, sucios y en harapos, como los primeros: el olor que despedían en la habitación era tan intolerable, que fuimos obligados a salir, la puerta quedó abierta y los examinamos desde el patio. Se les enseñaba diversas cosas, como en nuestras salas de asilo, pero particularmente a contar. La anciana mujer que regentaba este establecimiento se mostró muy honesta; nos dio todos los datos en su poder, nos hizo saber que la casa no era costeada por la parroquia y que el señor William Smith, miembro de la Cámara de los Comunes, sostenía solo los gastos: este hombre caritativo había construido la casa contribuyendo con una suma anual, de treinta libras esterlinas (setecientos cincuenta francos), más el carbón y la luz para las personas encargadas de conducirla. Eran la anciana señora, su marido y su hija a quienes se había confiado este cuidado. Además de la suma que da el fundador, cada niño debe pagar un penique por semana: esta retribución, aunque ligera, está a menudo por encima de los medios de los padres que tienen varios niños a enviar a la sala de asilo; sin embargo si la admisión no es enteramente gratuita, estos establecimientos no llenan en lo menor todo el objeto de su institución; pero lo que sería una caridad mezquina e incompleta de parte de una corporación cambia de aspecto desde el momento que un simple particular es el autor y se convierte en un bello acto, más susceptible que ningún otro de suscitar el celo de las parroquias y de reanimar la caridad, si por lo menos la última chispa no está apagada en el clero anglicano, el más rico de Europa. Desgraciadamente, en Inglaterra, las parroquias son independientes; no hay administración

central de la cual ellas teman la censura o la supervigilancia. En Londres, como en todas partes, los consejos e las parroquias están compuestos de gentes ricas que tienen a su disposición jardín, plaza, casa de campo, adonde envían sus hijos a tomar aire, ejercitan sus miembros, y que se ocupa muy poco de la suerte de los niños del pobre.

La vieja directora de la sala de asilo nos indicó otra debida también a la caridad individual y a la benevolencia de una venerable dama (la Srta. Mary Doyle).

Conducidos por nuestro guía, nos metimos intrépidamente en los caminos no empedrados, donde a cada instante nuestro coche corría el riesgo de romperse; ¡sin embargo estábamos en Londres, muy cerca de los barrios elegantes y de las suntuosas plazas! Recorrimos las calles sucias, miserables, tales como sería difícil de ver en ningún otro país de Europa. La mayoría de las casas no tienen ventanas, no tienen baldosas y junto a la puerta de cada una existe un hueco en el que el estiércol, las aguas, y todas las inmundicias en fermentación exhalan miasmas que apestan el aire. Por lo demás, el nombre de las calles dice más que las descripciones que se podrían hacer. Una se llama «Pond-street» (calle de la charca); la otra, «Dunghill-street» (la calle del desierto); ésta, «Hog-Lane» (la calle del cochino); aquella, Gut-Lane (de la Tripa); Sewer-street (la calle del albañil); enseguida la calle del ahorcado, de los suicidas, etc.

El rostro, el traje, el lenguaje de los habitantes de este barrio responden al nombre de las calles. Los ladrones y las prostitutas no son mayoría, sin embargo la mayor parte son obreros cargados de familia que vienen a alojarse en este barrio a causa del bajo precio de los alquileres. ¡Qué miseria!, un muladar no es tan repugnante; ¡oh, cuánto sufre el pobre al costado de la opulencia! Al fin, después de muchas idas y venidas, de encuestas infructuosas, nuestro guía nos hizo detener frente a una callejuela que se distinguía de las otras por una mayor suciedad todavía. Allí nos fue preciso dejar nuestro coche que no habría podido pasar en las callejuelas que debíamos atravesar. Aquella donde se encontraba la sala de asilo era de una longitud interminable; formaba varios recodos y a cada diez pasos nos encontrábamos con charcas donde el agua era conservada con cuidado para emplearse en el lavado de ropa. Este camino, verdadera cloaca, es muy peligroso para las personas mayores y debe de serlo bastante más para los niños que van a la sala de asilo. No fue sino después de mil penas y muchas precauciones que llegamos a la casa. Había llovido por la mañana y la tierra, de una naturaleza grasosa, se había vuelto muy resbalosa por la mezcla de agua y jabón; veinte veces estuvimos a punto de caer en las charcas.

Una joven de unos veinte a veinticinco años dirigía esta sala de asilo. Era presentable y decente, hablaba con dulzura, mucha cortesía y parecía bien educada; se puso un poco confusa con nuestra visita. «Esta casa está mal situada», nos dice, casi en el momento que la abordamos. Este rincón es pantanoso y las lavanderías que le rodean hacen la estadía completamente malsana. La señora caritativa que ha fundado este establecimiento es una amiga del pobre, pero no es rica. ¡Esta casa era la única que poseía y, todo lo mezquina y mal situada que sea, su caridad no es menos bella! Además ella se priva de las cosas más esenciales de la vida, a fin de poder pagarme veinte libras esterlinas por cuidar la clase de las niñas, y otro tanto a mi padre para cuidar la de los niños. ¡Oh!, sí, repetía yo con la joven institutriz esta caridad es bella; y yo me preguntaba si en los tres reinos existía un rico que fuera capaz de un acto de esta belleza. El local se componía de dos piezas demasiado pequeñas para el número de niños (eran ochenta), y de techo tan bajo que todo el tiempo había la necesidad de tener las ventanas abiertas para tener aire. La clase de los muchachos se hacía en el primer piso y el de las muchachas en el segundo. Era a través de una escalera de madera que se pasaba de una a la otra; los niños de dos años, trepaban y se agarraban de una cuerda.

Este establecimiento, considerado bajo la reseña de su situación del local, del mobiliario, era ciertamente muy miserable, pero todo ello desaparecía en presencia de la caridad inteligente y afectuosa que le dirigía. Los niños estaban bien limpios, así como sus gastados vestidos donde no se distinguía la menor desgarradura. Las niñas sobre todo eran bien cuidadas; las grandes trabajaban en confeccionar los trajes de los niños; cada una con el título de madre supervigilaba a dos pequeños, los lavaba, peinaba y arreglaba con orden y limpieza. Es a la señorita Doyle, me dijo la señorita, que estos niños deben sus trajes. Esta respetable dama pasa su tiempo en ir a las grandes casas a pedir para sus niños y comprar ropa para vestirlos con lo que le dan.

Estos tres seres, el padre la hija y la señorita Doyle, que consagran todo su tiempo, todos sus medios, todas sus facultades en aliviar la miseria del pueblo, se elevan a mis ojos, en medio de la aridez de esta muchedumbre dorada, como las palmeras en un oasis.

Yo habría regresado a Francia firmemente persuadida de que la ciudad monstruo no poseía ninguna sala de asilo, cuando el anuncio de una sociedad denominada: «Home and colonial infant school Society», me cayó en las manos.

La tercera asamblea anual de esta institución tuvo lugar en la sala «d'Hanover Square», en el mes de mayo del año pasado; era numero-

sa y de la más alta respetabilidad, lo que quiere decir que estaba exclusivamente compuesta de aristocracia feudal.

Después de unas formalidades exigidas por la etiqueta el conde de Chischester dirigió algunas palabras a la asamblea acerca del objetivo de la asociación. A juzgar por su discurso, no parece de ninguna manera que el objeto social sea de desarrollar la inteligencia de los niños del pueblo, a fin de prepararlos en el aprendizaje y el ejercicio de las profesiones o de salvarlos de los peligros del abandono, nada de eso; el único objeto de la sociedad, es la educación bíblica («scriptural education»), y el noble lord hizo alusión contra los sabios que fundan los principios de educación, de la infancia sobre las indicaciones de la naturaleza y contra las escuelas normales, que no forman sino profesores de impiedad o de insurrecciones.

El señor J. S. Reynolds, secretario de la sociedad, sucedió al noble lord. Informó a la asamblea de los trabajos del comité para propagar la «scriptural education» entre los niños. El comité teme, dijo, que si el gobierno interviene en la educación de la infancia, no sea aquella lo suficientemente religiosa. Y a nombre del comité, el señor Reynolds comprometió a la noble asamblea a usar toda su influencia a fin de que el parlamento no se ocupe de la educación de los niños sino en los distritos manufactureros, teniendo en cuenta que la sociedad no puede esperar de hacer adoptar la «scriptural education» por los cartistas para sus niños. El secretario terminó su informe anunciando que el comité ha enviado maestros a Esmirna, a Siria y al Egipto, a fin de difundir la «scriptural education» entre los osmanlíes y los árabes.

El capitán V. Harcourt, después de un discurso tal como lo pudo hacer un fanático del siglo XVI, llamó la atención de la asamblea sobre el número considerable de niños que vagan en los grandes caminos y en las calles de las metrópolis, sin que nadie se ocupe de hacerles leer la biblia, y añade que los católicos aprovechan del abandono de los niños protestantes para hacerlos educar gratuitamente en sus escuelas. Que incluso ellos proveen de vestidos a los que no tienen, en la esperanza de efectuar conversiones, y que él conoce a familias enteras convertidas así al catolicismo.

El reverendo James Cumming propuso a la asamblea el declarar que el bienestar presente y eterno de los individuos, el buen orden de todas las clases de la sociedad, y la estabilidad de las más preciosas instituciones de este imperio, no pueden existir sino por la «scriptural education». Él se sorprende de escuchar a ciertas personas sostener que las santas Escrituras superan la capacidad de la infancia. Pretende que el bautismo dado a los recién nacidos implica la obligación de iniciarlos en la doctrina religiosa, y consecuentemente de hacerles balbucear la

Biblia al enseñarles a hablar. Se opone a la opinión de Rousseau que dice «que la instrucción religiosa del niño no debe comenzar antes de la edad de nueve a diez años». El reverendo dijo que más de seiscientas mil personas en Londres no tienen lugar en las iglesias, y que más de novecientas mil no tienen ningún conocimiento de Dios ni de las Santas Escrituras. La cuestión, exclama el reverendo, no es de saber si los niños serán educados en su casa o en los colegios, sino más bien si recibirán una educación para el infierno o para el cielo. Si los niños del pueblo no reciben una educación por las Escrituras, serán educados por uno de los dos grandes principios que luchan contra nosotros, y caerán entre las manos del ateísmo o de los sacerdotes de Roma. Y el Reverendo Cumming dejándose arrastrar por tanto fanatismo como lo hubieran tenido Lutero y Calvino, da libre curso a su odio contra el catolicismo. «Los niños de Inglaterra, dice, están expuestos a los más graves peligros; van hacía su ruina, porque el papismo nos invade por tosas partes. Los curas católicos recorren las provincias, construyen escuelas y atraen a los niños de los protestantes con el objeto de corromperlos, de seducirlos, de hacerles abandonar la iglesia anglicana, la única depositaria de la verdad, ¡de la verdad bien probada! Así nuestros desgraciados niños serán desviados de la buena vida por esos curas idólatras; serán educados en la idolatría, la absurdidad y todas las estúpidas ceremonias del catolicismo; adorarán las estatuas y los cuadros y se les hará aprender las palabras blasfematorias, «Ave María».

«Los riesgos que corren la iglesia protestante, continúa el reverendo Cumming, deben hacer establecer en todos lugares los «Infant School» donde todos los niños que nacerán recibirán la «scriptural education». Si Irlanda tuviera escuelas dirigidas según este principio, presentaría un espectáculo bastante diferente. Se puede ver en efecto que produce la «scriptural education», por el ejemplo de Escocia, donde se les enseña la Biblia a los recién nacidos («in Scotland they taught the bible from the earliest hours of infancy»); mientras que en Irlanda la Biblia es, sino totalmente rechazada, por lo menos excluida de la enseñanza».

El reverendo Cumming ha hablado durante más de dos horas, y durante ese largo discurso su voz ha sido siempre animada por una santa indignación contra el papismo. Termina así:

«En cuanto a mí no deseo que se diga que he extendido el dominio de la ciencia, instruido a mis conciudadanos, brillado en la literatura o electrizado a la muchedumbre ansiosa de escucharme. Creería haber cumplido dignamente mi tarea, si un simple epitafio inscrito sobre mi tumba anunciara que he enseñado a un sólo niño a pronunciar el nombre de Jesús».

Este discurso fue cubierto de salvas numerosas de aplausos.

El señor Labouchére, Ministro actual de comercio, que se habría creído demasiado circunspecto para tomar parte en una sociedad que confiesa que su objeto es el de hacer aprender la Biblia a niños de dos a siete años, o demasiado independiente para no sostener el valor de su opinión sin someterse a hacer la corte a la aristocracia, asistía a esta sesión y hablaba en el sentido del reverendo Cumming. El reverendo J. Stratten se mostró más tolerante, y dijo que aplaudía el establecimiento de todas las escuelas para la educación de la infancia. Este loable filántropo no encontró la simpatía de la noble asamblea.

Después de algunos otros discursos todos hechos dentro del espíritu de la educación bíblica, se levantó la sesión.

En verdad, no es sino en Inglaterra que se encuentra todavía personas tan simples como para intentar hacer propaganda religiosa con las Biblias, y de la religión con el razonamiento. Proponer, para detener el progreso del catolicismo, de distribuir la Biblia y de hacerla aprender a los niños con nodriza, es una idea, que es preciso confesar bastante ridícula y absurda para una asamblea tan grave. ¡Eh! Reverendo Cumming, el clero católico, en Irlanda, lucha con el pueblo y para el pueblo, del cual sostiene el coraje y la fe, comparte el legado de la miseria y los sufrimientos; he allí el secreto del éxito. Aprended, muy reverendo, que para persuadir al pueblo es necesario ante todo ganar su afecto. El clero anglicano es muy rico, y el pueblo no cree en la caridad del sacerdote rico.

Independientemente de la sociedad de la que vengo de dar cuenta, existen varias otras sostenidas por las suscripciones de la aristocracia; pero, a pesar de todos esos esfuerzos, la iglesia anglicana tiene que sostener una ruda lucha. ◆

Libros publicados por
Ediciones Espartaco:

-Albert Einstein, Federico Engels, Clara Zettkin y Jean Jaurès. Socialismo y comunismo
-Rosa Luxemburgo. Reforma o revolución
-Gramsci. Escritos juveniles
-Piotr Kropotkin. La moral anarquista
-Alejandra Kollontai. Las relaciones sexuales y la lucha de clases.
-Trotsky. Programa de transición
-Miguel Enríquez. Textos fundamentales
-Salvador Allende. La vía chilena al socialismo
-Lenin. El Estado y la revolución
-Mao Tse-Tung. Sobre la contradicción
-Mijail Bakunin. El patriotismo - La comuna de París y la noción de Estado
-Carlos Marx y Federico Engels Manifiesto Comunista

Adquiéralos en librerías y en
Le Monde Diplomatique, San Antonio 434, Santiago
Para más información escríbanos a
espartacoediciones@gmail.com

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2015
en Gráfica LOM
Concha y Toro 23 - Santiago, Chile